

# DIARIO DE LA MARINA

Decano de la Prensa de Cuba

Sección dominical  
Literatura-Amenidades  
Reportajes-Colaboraciones  
exclusivas de Europa y  
America



## 75.000 MUJERES

LA HABANA, 3 DE  
MARZO DE 1940.

## MILITARIZADAS

## en FINLANDIA



Arriba, derecha: la señora Luukkonen, jefa nacional de la Lotta Svärd, que gobierna desde hace años la poderosa organización. Centro y abajo: varias escenas en campaña: la institución prestando servicios en el campo de batalla. (UNA ENTREVISTA EXCLUSIVA DE FINLANDIA, página 2).

Por la Religión, por  
el Hogar y por la  
Patria...

# 175.000 MUJERES MILITARIZADAS en FINLANDIA



pasivas. En este curso se forman como militantes conscientes de los principios de organización y de las ideas fundamentales del movimiento. Luego completan su cultura con otros cursos especiales preparatorios para entrar a formar parte de cualquiera de las secciones en que se divide nuestro movimiento: grupo sanitario, cocinas de campaña, vestimenta, administración...

—¡Admirable! ¡Como un ejército activo!...

—El grupo sanitario—continúa Fanny Luukkonen—sigue en los hospitales militares de Helsingfors y Viborg un curso práctico de seis meses, con el fin de que en caso de guerra, como ahora, las lottas puedan prestar servicio de enfermeras. La sección sanitaria disponía de ocho hospitales de campaña, con mil doscientos lechos; ahora estas cifras se han «estirado»... Pero, permítame que me calle esto.

—Tristes perspectivas de futuro...

—Las lottas de la sección de cocina de campaña, actualmente, como prácticas, acompañan a la Guardia cívica en sus movilizaciones, con recorridos de guerra, a veces, de cuarenta y cincuenta kilómetros, preparando la comida para sus miembros. Hay también lottas de la marina, con pequeñas cocinas de campaña en botes-motores, con los que recorren las islas. En la sección de vestimenta, las lottas preparan almacenes de ropas. Desde que el Estado facilita los uniformes a la Guardia cívica se encargan de vestir a las formaciones juveniles del movimiento. Las lottas de la sección administrativa forman la primera línea de las «pasivas», trabajando en las oficinas de sus respectivas organizaciones. En la movilización se han incorporado a la administración de la Guardia cívica.

**DICEN QUE NO SON MILITARISTAS...**

—Es decir, que las lottas están de hecho militarizadas...

—Esta cuestión de nuestro militarismo se nos plantea con frecuencia. El fin de nuestro movimiento, sin embargo, es únicamente el desarrollo de las fuerzas morales de nuestro país para contribuir al fortalecimiento de nuestro Estado, puesto que la defensa armada está confiada al ejercicio nacional; la más alta aspiración de las lottas es sólo la paz... El uniforme gris de la lotta es la exteriorización de nuestro espíritu social, sin que el uso de uniforme muestre una diferencia entre la multitud de las lottas y las mujeres-jefes. Además de nuestro fin principal de la defensa de nuestra patria, como auxiliares de la Guardia cívica, la Lotta Svard se propone la unión fraternal de todas las mujeres de Finlandia...

—En fin, el tiempo dirá a dónde van a parar ustedes.

**P**ERMITASENOS ocultar, por razón de secreto profesional, el origen de este reportaje-interviu con Fanny Luukkonen, la fundadora y *führerin* (jefa) del movimiento femenino finlandés llamado Lotta Svard, cuyo lema es: «Por la religión, por el hogar y la patria».

Vamos a presentar escuetamente las preguntas y respuestas del reportaje, creyendo satisfacer la viva curiosidad que las fotos por sí solas han de despertar en los lectores—y lectoras—del DIARIO. No nos guía ningún propósito de glorificación de estas milicianas finlandesas. ¡Mujeres con gorra y uniforme, cabello corto, paso militar, cocinas de campaña y caretas contra los gases! ¡Mujeres que, «por la religión y por el hogar», se salen del hogar para imitar a los hombres en algunas de sus cosas más feas, pero necesarias ahora: la guerra!

## ORIGEN DEL MOVIMIENTO

—¿Cuándo ha comenzado el movimiento Lotta Svard?

Fanny Luukkonen responde:

—Desde mucho antes de nuestra lucha por la Independencia (como se sabe, Finlandia se desprendió de Rusia en 1917-18) en los años de propaganda por la organización cívica de las mujeres. Muchas mujeres finlandesas, en 1918, se incorporaron a la Skyddskaren, o sea la Guardia cívica nacionalista, y participaron en la lucha contra los rojos bolcheviques como enfermeras o en los servicios auxiliares de campaña. Entonces vimos que era mejor nuestra organización autónoma y proseguimos la lucha a favor de la Lotta Svard.

—Debemos el nombre y la inspiración de nuestro movimiento —contesta Fanny Luukkonen— al gran poeta finlandés Runeberg, que en su inmortal obra *Fahnrich Stal* (El abanderado) canta las escenas de la guerra de 1808 entre Suecia y Rusia. En su poema figura una heroína, Lotta Svard, que después de la muerte de su marido, soldado, en el

campo de batalla, se incorpora en su lugar al ejército... Este nombre ha sido un símbolo para nuestro movimiento femenino, y muy pronto, gracias a la ayuda de la jefatura de la Guardia cívica, se fundaron secciones en toda Finlandia; la dirección central se halla en Helsingfors.

—¿Cuáles son los principios de la Lotta Svard?

—La propaganda activa en todo el país a favor de la Guardia cívica masculina y la defensa de la religión, del hogar y de la patria...

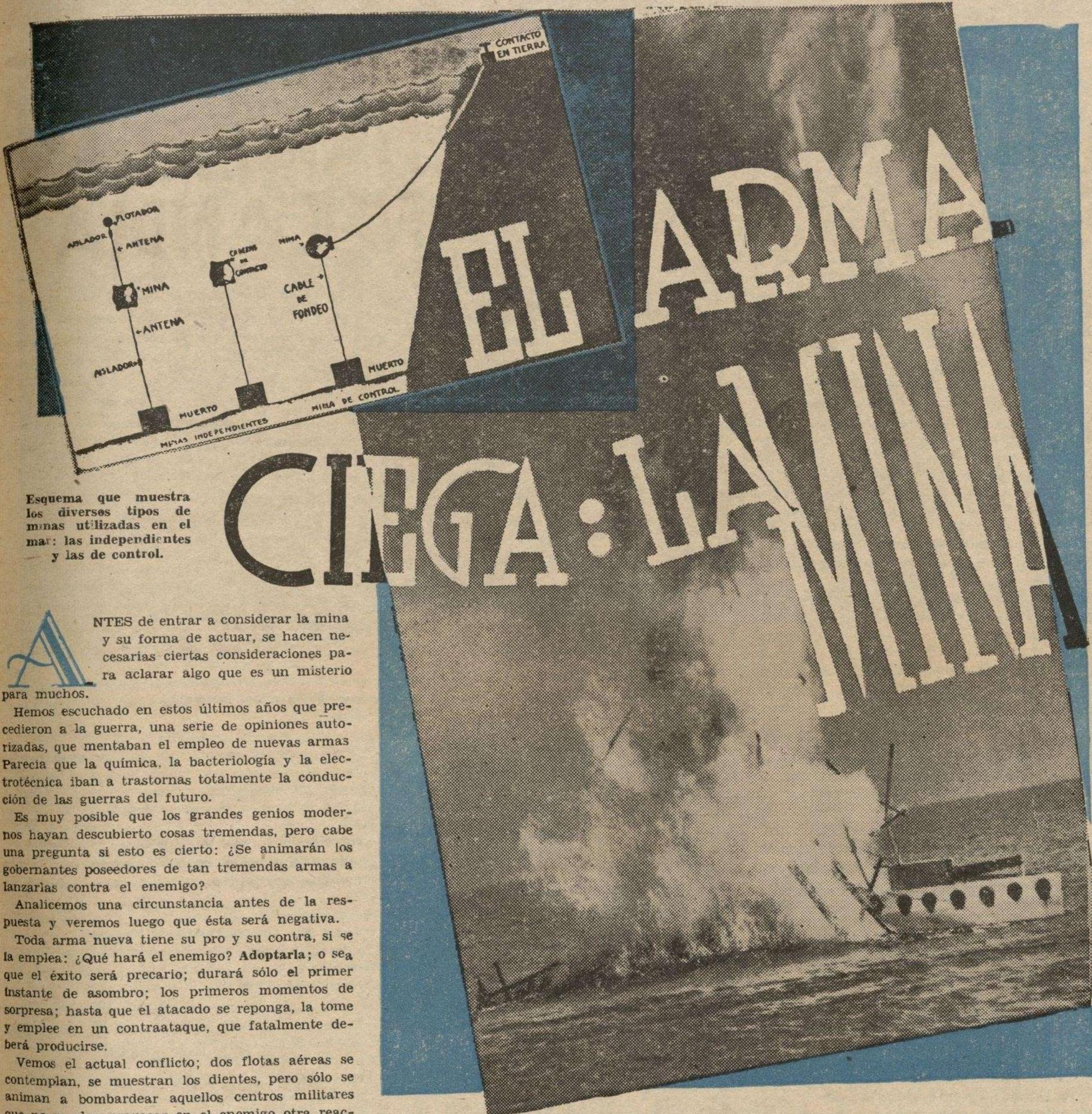
La Guardia cívica tiene 22 distritos; paralelamente, la Lotta Svard tiene otras tantas secciones. Cada una está dirigida por un comité de ocho mujeres, y dividida, a su vez, en subsecciones, con un total de seiscientos cincuenta y ocho. Al final de 1932, entre los 22 distritos, reuníamos a setenta y cinco mil afiliadas, y este número aumenta de año en año, al extremo de que ahora con la guerra, puede decirse que llega a 175.000. Hay familias en que la madre y las hijas pertenecen a la Lotta Svard. Para ingresar en ella, las mujeres tienen que prestar juramento solemne, concebido en estos términos: «Prometo por mi honor y mi conciencia ayudar a la Guardia cívica en su lucha por la defensa de la religión, del hogar y de la patria y observar el reglamento de la Lotta Svard.

Hay lottas activas y pasivas. Estas deben estar dispuestas a obedecer en cualquier momento las órdenes del Directorio. Las activas, en caso de movilización, deben trasladarse a cualquier punto del país donde se les ordene.

## UN POQUITO DE PEDANTERIA

—¿Hacen las lottas algunos estudios?

—Ya lo creo—responde Fanny Luukkonen.—Tienen que seguir el curso de preparación general de dos semanas, que no es obligatorio para las lottas



Esquema que muestra los diversos tipos de minas utilizadas en el mar: las independientes y las de control.

ANTES de entrar a considerar la mina y su forma de actuar, se hacen necesarias ciertas consideraciones para aclarar algo que es un misterio para muchos.

Hemos escuchado en estos últimos años que precedieron a la guerra, una serie de opiniones autorizadas, que mentaban el empleo de nuevas armas. Parecía que la química, la bacteriología y la electrotécnica iban a trastornar totalmente la conducción de las guerras del futuro.

Es muy posible que los grandes genios modernos hayan descubierto cosas tremendas, pero cabe una pregunta si esto es cierto: ¿Se animarán los gobernantes poseedores de tan tremendas armas a lanzarlas contra el enemigo?

Analicemos una circunstancia antes de la respuesta y veremos luego que ésta será negativa.

Toda arma nueva tiene su pro y su contra, si se la emplea: ¿Qué hará el enemigo? Adoptarla; o sea que el éxito será precario; durará sólo el primer instante de asombro; los primeros momentos de sorpresa; hasta que el atacado se reponga, la tome y emplee en un contraataque, que fatalmente deberá producirse.

Vemos el actual conflicto; dos flotas aéreas se contemplan, se muestran los dientes, pero sólo se animan a bombardear aquellos centros militares que no pueden provocar en el enemigo otra reacción que un ataque análogo. ¿Puede creerse acaso que Gran Bretaña o Alemania carecen de bombas y aviones como para hacer volar a Berlín o Londres en unos cuantos «raids»? No; los poseen, y de sobra, pero algo los detiene más allá de los objetivos militares, y ese algo es la represalia.....

Paralizadas las actividades en tierra por el perfeccionamiento increíble de las fortificaciones modernas, sólo quedan el aire y el mar para llevar a cabo la guerra de movimiento; en el primero, los golpes deben medirse con cautela extrema, por cuanto el enemigo puede devolverlos uno a uno; el mar es, pues, el único camino que les queda a los beligerantes de la actualidad para conducir la contienda al camino de las soluciones definitivas.

Es a esta altura que debemos puntualizar que en ese elemento Alemania nada tiene que perder. En efecto, 1.500.000 toneladas en buques germanos (cerca de 1-3 de su total) se hallan inmovilizados en puertos neutrales, lo que significa que las vías marítimas están ya definitivamente clausuradas para su bandera.

Esto nos dice brevemente que si en alguna par-

te los nazis tienen las manos libres para actuar, esa parte está en el mar.

El arma misteriosa que pensaba utilizar Alemania debía así girar en torno a él. No guerra química, ni de bacterias, ni eléctrica; simplemente guerra naval sin cuartel, y con su flota embotellada e inferior en todo caso a su oponente, guerra naval, sí; pero oculta, ciega, submarina.

**DIFERENTES CLASES DE MINAS**

Este breve introito nos permite comprender por qué Alemania utiliza sin reparos la mina en su guerra al comercio enemigo; veamos ahora cuáles son las características de los diferentes tipos de minas usados.

**Minas de control:** Poco empleadas; se utilizan en parajes muy próximos a las costas, como estrechos o embocaduras de ríos o canales. Para estallar necesitan que un operador desde tierra cierre el circuito eléctrico que necesitan para actuar.

**Minas independientes:** Son las que se emplean en alta mar. Generan por sí solas la explosión, lo que se produce de distintas maneras, según veremos

más adelante. Las minas independientes se clasifican a su vez en:

**Minas de contacto:** Son las que estallan al ser embestidas por una embarcación. Es el tipo primitivo que usaron los japoneses con extraordinario éxito en la guerra ruso-japonesa.

**Minas de antena:** Análogas a las anteriores, van provistas además de dos cables, hacia arriba y hacia abajo de ellas, que reciben el nombre de antenas; al ser éstas rozadas por una embarcación, se establece entre el buque y la mina una corriente eléctrica que al cerrar un circuito provoca la actividad de la mina.

**Minas magnéticas:** Están construidas de acuerdo con la teoría de que todo buque en movimiento y de casco de metal genera una energía eléctrica; estas minas llevan un mecanismo receptor de esa energía, que al ser captada provoca la explosión de la carga.

**Minas acústicas:** Están construidas de modo tal que las vibraciones que emite un buque a motor o a máquina a través del agua pueden ser captadas

por ellas; este movimiento vibratorio provoca la explosión.

Una sola oposición bastará para demostrar la inutilidad de la existencia de estos dos últimos tipos de minas.

Experimentos realizados por Italia en 1919, pusieron de manifiesto que las explosiones de minas de 200 a 500 kilogramos de trinitrotolueno, perdían su efecto destructivo sobre un casco cuando éste estaba más allá de los 30 metros del lugar de la explosión. Actualmente, esa distancia se calcula en 40 metros, por el mejoramiento de los explosivos.

Cabe preguntar entonces qué gran factor puede adjudicarse a la mina magnética o acústica si se sabe por información de su propio inventor que sólo estalla cuando el buque pasa dentro de los 10 metros de ella, y, en cambio, la mina de antena es efectiva hasta los 80 metros lineales. Los croquis que agregamos a esta nota ilustrarán mejor a este respecto. Hemos visto, hasta ahora, los distintos tipos de minas según sus características materiales; queda aun una clasificación que hacer, y ella es desde el punto de vista táctico.

**Mina de fondeo:** Es la comúnmente empleada y autorizada por los convenios internacionales. Se trata de la que queda fija a cierta profundidad en un paraje determinado. Estas minas tienen un mecanismo que las debe hacer inofensivas cuando se sueltan, cosa que no siempre ocurre.

**Mina de deriva:** Es la que queda al azar del agua, sobre su superficie o debajo de ella, pero que no permanece en paraje fijo, sino que se traslada de acuerdo con las corrientes marinas. Su utilización es reducida y absurda, salvo una circunstancia que veremos más adelante.

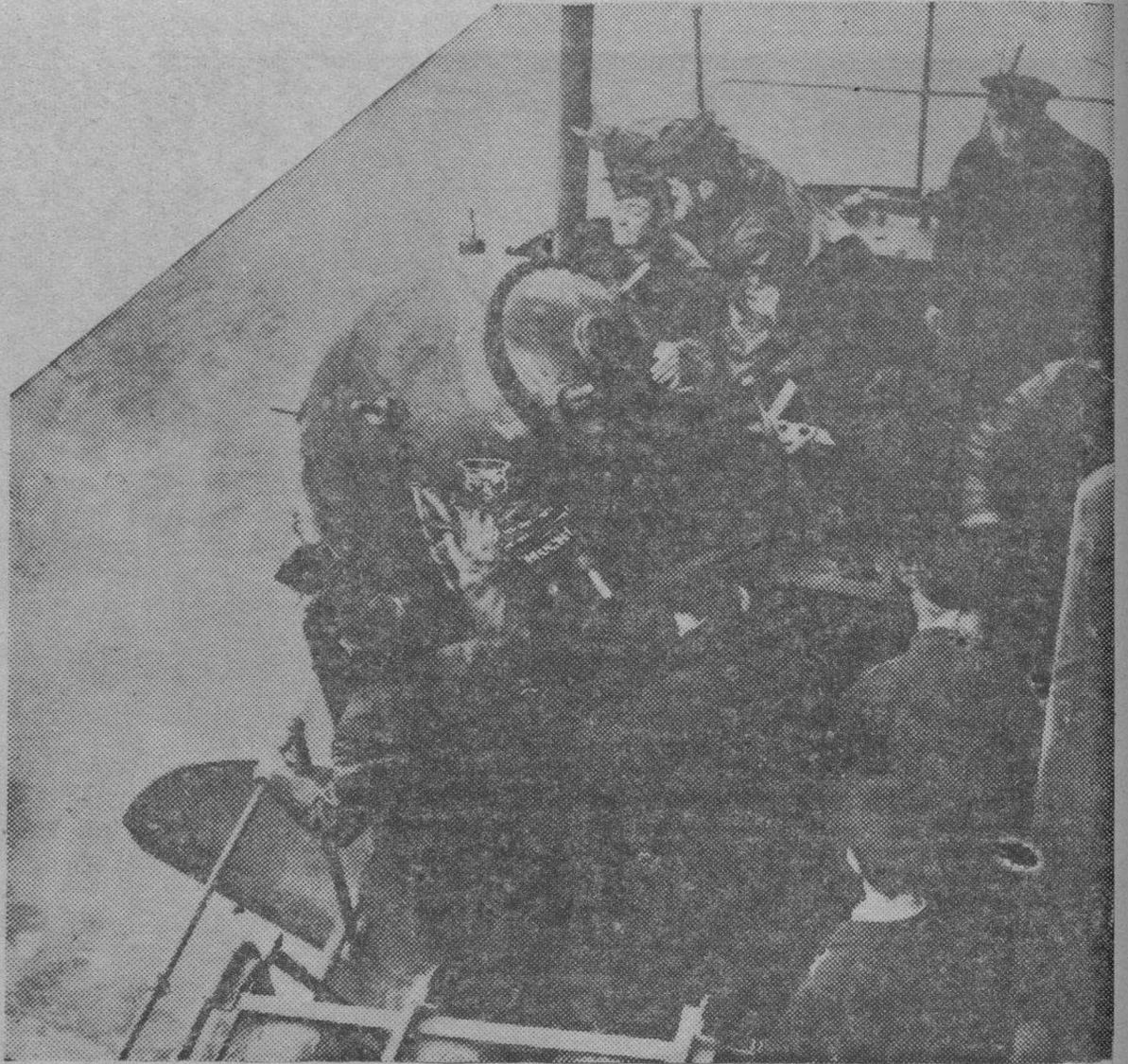
**EXITO DE LA MINA**

La mina, arma pasiva por excelencia, ha demostrado ser más temible que el torpedo y el cañón para la guerra al comercio; prueba de ello es el bloqueo alemán y las 640.000 toneladas en buques hundidos por éstos a los aliados.

¿Cómo ha sido posible transformarla al extremo de hacerla agresiva? Creemos nosotros que, más que al perfeccionamiento de todos sus mecanismos y explosivos, ello se debe a la forma especial que han adoptado los alemanes para su empleo.

**BUQUES, AVIONES Y SUBMARINOS MINADORES**

Hasta hace pocos años, la tarea de minar una zona del mar se adjudicaba casi exclusivamente a embarcaciones de superficie, que por su tarea especial recibían el nombre de «minadores». Pero ya en la guerra de 1914-1918, la marina rusa, con el experimento efectuado por el submarino «Krabs» en las proximidades de Constantinopla, había dado la voz de alarma sobre la futura forma de minar



Marinos británicos en su lucha contra las minas en el Mar del Norte. La labor callada y heroica de estos lobos de mar no es ésta únicamente; ellos se encargan también de colocar otras, para la defensa de sus costas.

Esta embarcación era capaz de conducir cerca del doble que cualquier otro sumergible de la época (60 minas), y demostró que era posible operar con él sin los riesgos inherentes a los minadores de superficie. Actualmente son varios los países que poseen sumergibles minadores, y Alemania ha sabido aprovechar la lección del «Krabs» más que ninguna otra nación.

Hemos, pues hablado de la facultad del submarino de minar zonas de mar sumamente peligrosas para un buque de superficie; queda aun por decir que el sumergible en inmersión puede lanzar varias minas a la deriva sobre el rumbo que

traiga un buque enemigo, sin que éste se dé cuenta de tal maniobra; de esta manera el navío, a los pocos minutos, se hallará sobre un pequeño campo minado, sin que pueda saber si efectivamente son minas a la deriva, si fué un torpedo, o si se trata de un campo de dimensiones grandes.

El lector habrá de conocer seguramente el avión minador; cabe decir a este respecto que su utilidad es relativa. Puede operar en forma análoga a la que acabamos de describir, aunque con menor eficacia. Su mayor valor está en el minado de parajes estrechos, y un ejemplo de esto es el que efectuaron los nazis en la boca del Támesis hace pocos días.

La poca capacidad ofensiva que le atribuimos, estriba en la reducida cantidad de minas que está facultado para llevar, lo que, indiscutiblemente, le resta eficacia, ya que sería necesaria una flota aérea para establecer un campo minado de dimensiones apreciables.

Un elemento que no ha sido considerado aún, pero cuyas posibilidades futuras se pueden predecir como muy vastas, es el zepelin. Su gran capacidad y su autonomía de vuelo podrían facultarlo para llevar la amenaza submarina a lugares hasta ahora no soñados siquiera.

**PENSAMIENTOS**

No hay otra manera de cerciorarse de lo que una mujer realmente piensa de un hombre, que enojándola.

o o o

Lo que más le induce a un enfermo a sentirse mejor es el pensar en la cuenta del médico.

o o o

Cuando un hombre repite que todo lo que es se lo debe a sí mismo, es porque es muy poco o lo debe todo a otros.

1.—Se le considera el padre de la refrigeración del aire.

En su época—1803-1855—tuvo la idea—extraña entonces—de que el frío curaba algunas enfermedades y evitaba otras. Algunos de sus enfermos necesitaban hielo, de manera que inventó una máquina para hacerlo. Fué el primero que pensó en la necesidad de los hospitales refrigerados.

2.—Un veneno que se saca de las abejas se usa en el tratamiento de ciertas formas de reumatismo.

3.—Se dice que los espejuelos se usaban en tiempos de Confucio, 500 años antes de Cristo. Marco Polo habló del uso corriente de los espejuelos en China en el año 1276 de nuestra Era.

**Cartilla Histórica de la Salud**  
Por FISHER BROWN y NAT FALK

1. ¿QUIÉN ERA EL DR. JOHN GORRIE ?

2. ¿DE QUÉ MODO CONTRIBUYEN LAS ABEJAS A LA SALUD DEL HOMBRE ?

3. ¿DESDE CUANDO USA EL HOMBRE ESPEJUELOS ?

A medida que los años van haciendo del siglo XX una centuria adulta, plena de historia, los esfuerzos de superación de los hombres invaden todos los campos en que se especula con vistas al progreso. Lo que hasta ayer parecía materia vedada, hoy es terreno conquistado. El avance de la navegación aérea quizás sea el más sugestivo y fascinador de los éxitos civilizados: Viajar ahora por los aires es cosa corriente y al alcance de todas las fortunas que se pueden permitir el encanto de recorrer el planeta. En Europa y en los Estados Unidos de América el pasaje de avión cuesta poco más o menos lo mismo que el billete de primera clase de ferrocarril. El sueño de Icaro se ha realizado plenamente. La tierra, por ende, gracias a la velocidad vertiginosa de las máquinas que surcan el espacio, se empequeñece cada día. Se desayuna en la Habana y se almuerza en Santiago de Cuba. Un inglés, con toda calma, puede tomar su té de Ceylan en Londres a las cinco de la tarde y comer esa misma noche el famoso lechoncito que, en el Barrio Latino de París, se cocina en las pantagruélicas hornillas del restaurant «Le Cochon de Lait», herencia maravillosa de los fogones del Rey San Luis, donde los sibaritas hallan consuelo para sus paladares delicados.

El avión hace posible tales cosas extraordinarias.

Como hace posible también, si miramos su utilización por el reverso de la medalla, la destrucción completa, en pocas horas, de cualquier ciudad que duerme confiada. Pero esto nos lleva al ineludible tema de la guerra... y ponemos punto y aparte.

Tanto es primordial la navegación aérea en los tiempos que corren, que nos ha parecido interesante volver los ojos atrás—un siglo y medio aproximadamente—y recordar un poco a los hombres que hicieron realidad la utopía de viajar por el aire.

Nos referimos a los hermanos Montgolfier y a sus balbuceantes experiencias que cristalizaron en el invento del globo.

José Miguel y Jacobo Esteban fueron los dos retoños que habrían de inmortalizar el nombre de la familia Montgolfier. Francés de pura cepa el tronco genealógico hunde sus raíces en las pintorescas campiñas de Auvernia desde hace media docena de siglos. La noche de San Bartolomé, que tan sangrientamente sellara el reinado de Carlos IX arrasó sus propiedades. Poco después la familia Montgolfier emigró y fijó su residencia en las faldas de las montañas de Vivarais.

Dos siglos más tarde, allí debían celebrarse las primeras experiencias que dieron al mundo la conquista del espacio.

Los hermanos inventores eran hijos de un industrial, fabricante de papel. En sus primeros años muestran caracteres bien distintos. Jacobo Esteban estudia arquitectura en París, donde todavía pueden verse casas e iglesias construidas por él. Su hermano, en cambio, fué un estudiante bastante malo. No se acoplaba a la vida de orden del colegio. Rebelde por naturaleza, emigró un día de la escuela con mil aventuras dándole vueltas en la imaginación. Su familia le siguió las huellas, y poco después, medio muerto de hambre, lo hallaron en el Languedoc recogiendo hojas para los gusanos de seda. Fué reintegrado al hogar paterno.

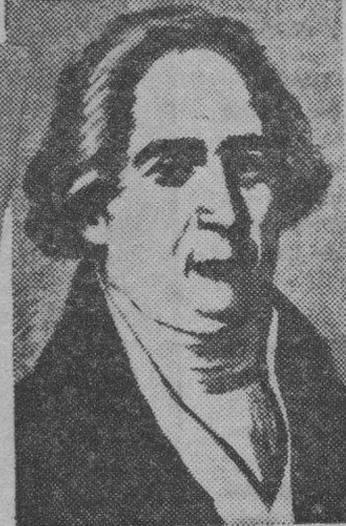
Sólo un elemento común unió a los dos hermanos desde su infancia: la afición a las investigaciones físicas.

Sus biógrafos no concuerdan en la explicación. La más sugestiva de todas es aquella que los muestra desde pequeños interesados en las nubes que veían y palpaban cuando ascendían las laderas montañosas del Vivarais. Las nubes flotaban. Quisieron fabricar nubes. ¡Feliz ensueño infantil! Mayores ya, pusieron el caudal de sus conocimientos físicos y matemáticos al servicio de sus fantasías de muchachos.

Sus primeros ensayos consistieron en encerrar vapor de agua en una envoltura impermeable y ligera. Un éxito parcial coronó sus esfuerzos. El



Monumento que perpetúa la memoria de los hermanos en Annonay.



José Miguel Montgolfier.—  
Jacobo Esteban Montgolfier.

El globo de los Montgolfier asciende entre las atónitas miradas de los parisinos.

LOS HERMANOS MONTGOLFIER Y SU MAGNO DESCUBRIMIENTO. QUERIENDO FABRICAR NUBES, FABRICARON GLOBOS. PRIMERO, VAPOR DE AGUA; DESPUES, EL HIDROGENO; HOY, EL MOTOR QUE IMPULSA Y HACE POSIBLE LA DIRECCION. EN SIGLO Y MEDIO SE COMPLETO EL MILAGRO. PERO EL INGLÉS QUE TOMA TÉ EN LONDRES Y COME EN PARÍS, ¿SE ACUERDA ACASO DE LOS MONTGOLFIER?

diminuto globo se elevó sobre sus cabezas, si bien muy pronto regresó a la tierra al enfriarse el vapor de agua. Pero la incógnita estaba despejada. Sólo restaba la labor de darle forma. Era posible viajar por el espacio utilizando un gas más ligero que el aire.

Las series de experiencias realizadas fueron largas y fatigantes. Trabajaron con diferentes gases, entre ellos el hidrógeno, que es unas catorce veces más ligero que el aire.

Poco a poco sus experimentos iban alcanzando éxitos mejores. Prácticamente habían conquistado el aire. Trabajaron en secreto hasta que todo estuvo a punto.

La ciudad de Annonay fué el primer campo de sus experiencias públicas. En la plaza principal se llevó a efecto el espectáculo que presenciaron atónitos todos sus habitantes y las autoridades, no menos confusas. El espectáculo se realizó en el mes de junio de 1783 y utilizaron un aparato que tenía doce metros de diámetro. Una hornilla colocada en la base de la esfera provocó la rápida ascensión. En menos de diez minutos, entre aclamaciones generales, el primer aereostato de aire caliente se elevó a unos quinientos metros de altura.

A poco, toda Francia hablaba de aquel mi-

(Continúa en la página 23)

# MOZART MILAGRO DE PRECOCIDAD

A los cuatro años componía minués, a los seis daba conciertos, a los doce terminó una ópera, constituyendo un prodigio de fecundidad al producir ochocientas obras en sólo treinta y cinco años de existencia.

**E**RA una criatura maravillosa que poseía todos los dones que la naturaleza puede ofrecer, como si las hadas, entusiasmadas al verle, hubieranle otorgado generosamente las más altas virtudes. Se llamaba Juan Crisóstomo Wolfgang Mozart, y había nacido en Salzburgo en 1756. A los cuatro años ya era un milagro de precocidad. Tocaba el clavicordio y componía algunos minués que se conservan todavía.

Una noche, su padre, que fué su primer maestro y era un músico notable, lo encontró agitado escribiendo, y le preguntó qué hacía.

—Estoy componiendo un concierto — le respondió el niño.

Entonces el padre se echó a reír, y le dijo, entre cariñoso y burlón:

—Déjame que lo vea. Debe ser muy bonito.

Y vió entre los borrones de tinta una página musical que era una maravilla... Y se echó a llorar ante aquel niño, que era como uno de esos angelitos que leen un libro, en las pinturas de las iglesias. Si; parecía escapado de un coro de serafines, para traer al mundo el consuelo de las armonías celestes...

### Extraordinaria sensibilidad

Una vez le regalaron un violín de juguete; y pocos días después se puso a tocar en un verdadero violín con una exactitud asombrosa. Tenía seis años cuando su padre resolvió exhibirlo en las cortes de Europa.

Un día, después de un concierto de tres horas, a pedido del emperador, tocó con un dedo de cada mano y con un paño sobre el teclado, sin dar siquiera una nota falsa. Pero no era sino un niño, y por cualquier otro motivo reía y lloraba. Así, una tarde, en el palacio imperial, se cayó en el piso lustrado y se puso a llorar. Y una princesa que pasaba por allí corrió hasta él y se inclinó para levantarlo. El, agradecido, miró a la princesa y le dijo seriamente:

—Es usted muy buena conmigo y quisiera casarme con usted.

Y ella le arregló el terciopelo de su vestidito y le dió un beso maternal. Era María Antonieta, la futura reina de Francia... Así había querido el destino que la flor más alta de la nobleza se inclinara un día para acariciar al genio más puro del arte.

Este niño sublime era de un alma profundamente cariñosa; y solía preguntar, con inocencia, si le querían, a cuantos le rodeaban. Se dice que, si tardaban en contestarle o le demostraban indiferencia, se echaba a llorar sin consuelo.

### Su juicio de la Pompadour

Su padre, Leopoldo Mozart, orgulloso de su hijo, lo llevó de ciudad en ciudad, entre ovaciones delirantes. Así llegó a París en 1763, de donde escribe a su mujer una carta en que se muestra escandalizado por las costumbres francesas de la época



«Mozart en el órgano», cuadro del pintor Carlos Herpfer. En ese tiempo, el precoz compositor tenía doce años y acababa de componer su ópera «Finto Somplice».

y donde hay un párrafo curioso que dice: «Como supondréis, se ven aquí cosas hermosas al lado de sorprendentes locuras. Las mujeres usan este invierno no sólo vestidos guarnecidos de pieles, sino boas de piel para el cuello, aunque no hiela. A estas locuras de la moda hay que añadir el amor inmoderado a la comodidad, que ahoga la voz de la naturaleza. Los parisienses todos entregan los recién nacidos a nodrizas campesinas; pero, ¡qué tristes consecuencias causa esta costumbre! Supongo que desearéis saber, ¿verdad?, qué cara tiene «la señora marquesa Pompadour». Muy bella habrá sido, porque lo es todavía; alta, buen talle, gruesa, algo maciza; pero bien proporcionada y rubia. Por lo demás, muy prendada de sí misma y de una elegancia poco común».

Luego refiere en la misma carta cómo los reyes sentaron a su mesa, en un banquete de Navidad, al pequeño Mozart, y le agasajaron especialmente. La reina lo besaba y le hablaba en alemán; pero la Pompadour lo trató con displicencia. Tanto que, al retirarse, el niño preguntó a su padre:

—¿Quién es esa que no ha querido besarme, cuando hasta Su Majestad me ha mimado?

El introductor de la familia Mozart en la nobleza de París fué el célebre barón de Grimm (personaje principal de la comedia «Mozart», de Sacha Guitry, inspirada en esta época del gran músico).

### «El señor Amadeo»

Era la aurora de su gloria. Todas las plantas deshojaban sus flores bajo su paso; pero, poco después, como si se hubieran secado de pronto, no le ofrecían sino ramos de zarzas y guirnaldas de espinas.

Luego, Mozart regresó a Viena para las bodas del archiduque y se encontró con que la novia acababa de morir de viruelas. Una terrible peste asolaba la hermosa ciudad. Pocos días más tarde, Mozart cayó enfermo del mismo mal. Cuando se curó, fué recibido fríamente en la corte, pues la envidia se había irritado ya contra su fama.

Tenía doce años cuando compuso su ópera «Finta Semplice», destinada a una compañía italiana

que no la quiso representar. Sólo pudo estrenar, tiempo después, gracias a la protección de Mesmer, el famoso magnetizador, quien construyó un teatro especial para que se dieran sus óperas. Entonces comenzó su portentosa fecundidad, que se prodigó en las ochocientas obras de su genio, y cuya belleza tanto influiría en la música de los demás, como una mañana remota deja su claridad sonrosada en las hojas de las rosas que han de brotar después. Entonces inició aquella vida suya, tan noble, que es lo mismo que cualquiera de sus melodías, y cuya pureza no pudo empañar la maldad ajena, como la sombra de la noche no ennegrece, aunque oscurezca, los cristales de una ventana.

En 1769 fué a Italia, donde, ocultándose bajo el seudónimo de «El señor Amadeo», asombró al público con sus improvisaciones. Fué por aquella época que, como se sabe, oyó en la Capilla Sixtina el «Miserere» de Alegri, cuya reproducción estaba prohibida; pero que Mozart copió rápidamente durante la ejecución.

**El matrimonio del artista**

Era muy joven cuando Mozart se enamoró de Constanza Weber. Como sus padres se oponían, se escaparon juntos para casarse en secreto. Se adobraban, y habrían sido felices si la pobreza no hubiese asediado aquel hogar. Nada le permitió mejorar su situación, ni siquiera el enorme éxito de «Las bodas de Figaro». Una noche de invierno, un amigo que fué a su casa lo encontró bailando con su mujer y le dijo:

—Veo que aquí reina la alegría.

—No — le respondió Mozart —. Bailamos para quitarnos el frío, porque no tenemos carbón en la chimenea.

Solamente salió por un momento de aquellas angustias con su ópera «Don Juan», la obra más elevada de su genio, una de las más perfectas de todos los tiempos.

Ya había compuesto una serie de obras geniales como «Las bodas de Figaro», de 1786. El «Don Juan» fué estrenado en Praga en 1787 con gran éxito. Como se sabe, pocas veces un artista tan grande se inspiró en una obra más hermosa. Es el «Don Juan» de Moliere, pero rejuvenecido, espiritualizado.

Después de la muerte de su padre, Mozart sufre una profunda depresión. Su música no pierde su impecable belleza, pero su existencia se quiebra definitivamente y empieza a sentir los síntomas de la enfermedad al pecho que concluiría con él. Sufrió de presentimiento. Acaso su amigo el creador del magnetismo, Mesmer, influyó grandemente en su espíritu.

Mozart sentíase desfallecer, pero continuaba su obra. Se moría de desencanto, de melancolía. Salía a pasear con su mujer, y caminaba por el parque, donde en otro tiempo, cuando era niño, lo saludaban los emperadores. La tristeza del otoño deshojaba los árboles; y el viento pasaba como un recuerdo por la hojarasca sonora. Y Mozart, estremeciéndose, tomó las manos de su esposa:

—¿Qué te pasa? — le preguntó ella asustada.

—Estoy seguro de que una mano criminal me ha envenenado... y de que se acerca mi fin.

Era esa época de supersticiones del final del siglo XVIII en que estaban en boga el espiritismo y la teosofía. Bajo el influjo de misteriosas creencias, «el cisne de Salzburgo» imaginaba ver en el más simple acontecimiento una revelación de ultratumba.

**El «Hombre del Destino»**

Una extraña circunstancia contribuyó a impresionar su ánimo. Un día se presentó en su casa un forastero vestido de luto que fué a encargarle que compusiera una misa de «Requiem». Constanza y Mozart le preguntaron cómo se llamaba y por qué deseaba esa obra; pero se negó a contestar. Sólo insistió en que la misa estuviera terminada en el plazo de un mes. Al partir el misterioso personaje, Mozart, emocionado hasta las lágrimas, le dijo a su mujer:

—¿Quién sabe si este hombre triste no es el Destino, que viene a encargarme una misa de «Requiem» para mis propios funerales!

—No digas eso, ¡por Dios! — exclamó Constan-



Sintiéndose morir, el genial artista manifestó su deseo de dirigir su obra póstuma: «Requiem». Tal es la escena que aquí vemos, reproducción de un cuadro realizado con exactitud de detalles.

za, desesperada —. Ese caballero no tenía nada de extraño.

—¡Ah! — repuso Mozart —. En verdad, ¿tú no viste cómo sonreía? ¿No te diste cuenta de que no quería dar su nombre?

Entonces Constanza abrazó a su esposo y le dijo maternalmente:

—No te preocupes más. Ven aquí, a mi lado, como tantas veces, y duerme. «Duerme, principito mío, duerme.»

Pasó el tiempo, hasta que una tarde que Mozart salía de su casa se presentó de nuevo el desconocido para preguntarle cuándo estaría terminada la composición. Desde entonces Mozart sintióse obsesionado con la idea de su muerte y se entregó a su «Requiem» afanosamente, como para defenderse del silencio al que tendría que rendirse... Muchas de aquellas páginas sublimes de su «Misa» fueron escritas entre ataques de tos, sobre páginas templadas por la fiebre. Al cabo de algunos días cayó en cama, para no levantarse más; pero siguió escribiendo a fin de cumplir su compromiso y obtener algún dinero para su familia. Era inútil que Constanza tratara de aliviarlo. Mozart se consumía como un papel en una llamarada. Su mano vacilante apenas podía colocar las notas sobre el pentagrama, donde quedarían para siempre, eternizadas por el arte.

Falleció el 5 de diciembre de 1791, con la misma resignación con que había aceptado el cambio de su destino. Su serenidad era tal que consolaba de antemano a los suyos de la pena que les iba a causar. Y así le dijo a su cuñada, Sofía Weber, al verla que estaba llorando:

—No llores. Espera un momento, porque quiero que veas cómo muero.



El grabado presenta a la familia Mozart durante uno de los muchos conciertos que ofreciera en París. El famoso músico, que a la sazón contaba siete años, constituía la máxima atracción para el público de la época.

Murió en la miseria, él que había sido el orgullo de los palacios y el mimado de los reyes. Sólo dos o tres amigos siguieron su cortejo; pero en mitad del camino tuvieron que desistir del acompañamiento «porque caía mucha nieve». Y lo enterraron en la fosa común. Y hoy no se sabe dónde descansan sus restos.

Así cayó en la eternidad, solo, cual esa última estrella del amanecer que salpica como una gota de la rosa de la mañana.

## El Vigor Restaurado y Las Glandulas Rejuvenecidas en 24 Horas

Hoy ya no hay motivo alguno para continuar sufriendo de pérdida del vigor y de la virilidad, de mala memoria y un cuerpo débil, de nerviosidad, sangre impura, piel marchita, depresión y sueño incompleto, pues un médico americano ha descubierto la manera rápida y fácil de poner fin a esos males. Este descubrimiento en forma de tabletas fáciles de tomar y absolutamente inofensivas hace innecesarias las operaciones glandulares, y está dando a miles de personas nueva juventud y vigor. Obra directamente sobre las glándulas y nervios y llena sus venas de abundante y rico sangre y energía. En 24 horas Ud. puede notar y sentir que se rejuvenece, sus ojos adquieren nuevo brillo, usted se

siente lleno de vida, de juventud, de fuerza y de vigor.

Este nuevo sorprendente vigorizador y restaurador glandular llamado Varko se vende garantizado. Ha sido probado por miles en los Estados Unidos y ahora se vende aquí en farmacias y boticas bajo la garantía de dar completa satisfacción o se devuelve el dinero. Varko hará que Ud. se sienta lleno de vigor y energía y de 10 a 20 años más joven, o de lo contrario basta que presente el frasco vacío y se le devolverá su dinero. Un frasco de 43 Varko especial de doble fuerza cuesta poco y además Ud. está protegido por la garantía.

**Varko**  
Devuelve Vigor y Vitalidad

**E**L panorama de la mujer en la guerra moderna, ha cambiado enormemente desde 1914. Nada digamos de aquellas otras épocas cuando la misión de la mujer en la guerra consistía únicamente en bordar banderas y rezarle a la Virgen.

Claro que en todas las épocas ha habido mujeres heroicas que han compartido con los hombres el peligro del campo de batalla. Juana de Arco y Agustina de Aragón fueron solamente dos de esas féminas iluminadas por la llama del patriotismo y la fe. Hubo también, en el pasado, casos de heroísmo femenino colectivo, tal como cuando las mujeres españolas arrojaban aceite hirviendo, desde sus balcones, a los soldados de Napoleón que se habían adueñado de España. Pero la mujer que hace de la guerra una profesión, es un producto nuevo, como los aviones o los rifles automáticos.

Fueron las mujeres rusas las que, movidas por su deseo de ser en todo como los hombres —el Estado ruso, como es sabido, no admite distinciones— comenzaron a prepararse para la guerra en una época en que en Europa reinaba la paz. Los comunistas organizaron regimientos de mujeres que su estupenda propaganda pretendía tan formidables e «invencibles» como los de los hombres. Y cuando Rusia invadió Polonia —una vez que los alemanes habían dejado inerte a la nación de 35 millones de habitantes que creara el mariscal Pilsudsky— las fotos de sus huestes «vencedoras» aparecían adornadas con no pocos soldados femeninos que compartían con los hombres las penalidades de la campaña.

Durante la guerra civil española fueron muchas las mujeres que se unieron a las fuerzas marxistas que se oponían al general Franco, para combatir en las trincheras. Hasta qué punto contribuyeron a la eficiencia y la moral de las huestes rojas, es algo que no ha sido puesto del todo en claro. Pero es lo cierto que en una ocasión los franquistas sorprendieron al enemigo que defendía una posición montañosa e inexpugnable, y lo batieron acabadamente. Se supo que la sorpresa nocturna fué más fácil debido al hecho de que los milicianos y «las chicas», se entregaban a la danza y otras expansiones.

La guerra china ha sido también pródiga en revelaciones femeninas y heroicas. Las hijas del celeste ex-imperio no solamente se han batido con un rifle en las manos, al lado de los hombres, sino que en algunas ocasiones se han lanzado al suicidio de la aviación. (Dada la superioridad de los japoneses en el aire, el pilotar un avión chino contra ellos es lanzarse a la muerte.)

Pero el mejor ejemplo de la verdadera organización de la mujer para la guerra, lo encontramos en Alemania, donde la larga preparación del gobierno nazi para la revancha, las tuvo en cuenta desde el primer momento. Las mujeres alemanas, como los hombres, han venido siendo entrenadas durante años y años, no para que se batan junto al hombre frente al enemigo, sino para que lo sustituyan en toda clase de oficios y profesiones, ya se trate de una fábrica de armamentos o de una granja agrícola. Las mujeres, también, ocupan toda clase de puestos auxiliares dentro de la organización guerrera.

Las mujeres inglesas —y en menor escala las francesas— han sido también incorporadas últimamente al movimiento militar. Se dice que millón y medio de féminas británicas, es decir, la décima parte de su población femenina, fueron movilizadas desde el momento en que estalló la guerra. La rama auxiliar militar y naval femenina, existió ya en la guerra pasada, pero los Servicios Voluntarios de Mujeres, que son los que emplean a la mayor parte del mencionado contingente, es nuevo. Uno de sus primeros actos de servicio consistió en la evacuación al campo de dos millones de niños de las ciudades.



Las mujeres suizas, como los hombres, están preparadas para defender a la patria contra el ataque de cualquier agresor potencial. Estas, que pa recen hombres, han sido retratadas en Dasle, población fronteriza, y pertenecen al Cuerpo Femenino de Ambulancias.

# Cooperación de LAS MUJERES CON LOS HOMBRES en la Guerra Moderna

Ahora no hay Juanas de Arco o Agustinas de Aragón, sino millones de féminas anónimas que lo sacrifican todo, hasta sus vidas, a la defensa o a la victoria de la Patria.—Alemania, Inglaterra y Francia, son las naciones donde la cooperación de la mujer es más amplia y perfecta.

El Cuerpo Auxiliar Femenino de Aviación, es de 18 a 20 años. Los uniformes, azules, son uno de los preferidos por las muchachas inglesas muy bonitas, y el trabajar mano a mano con los pilotos de la Aviación Real, es también un aliciente. Las labores de las mencionadas féminas consiste principalmente en cocinar, limpiar, hacer trabajos de oficina —taquigrafía y mecanografía—, guiar autos y camiones, actuar de fotógrafos, dibujantes etc. Hay también mujeres especializadas en la reparación de los aviones.

Tienen derecho a ingresar en el Cuerpo Auxiliar Femenino de Aviación, todas las mujeres de

18 a 43 años, lo mismo si son solteras que si tienen marido.

En Francia el gobierno está utilizando a las mujeres para servicios tan arriesgados y masculinos como servir de pilotos en aviones militares, detrás de la línea de guerra, y en aviones civiles de pasajeros. La primera convocatoria comprendió 150 de esas mujeres decididas, que se presentaron inmediatamente. Y la viuda de un periodista norteamericano, Suzette O'Neill Dramen, ha organizado un cuerpo de enfermeras de la Cruz Roja «paracaidistas», que cuenta ya con más de doscientas afiliadas.

Champion My Own Brucie y los otros cinco canes más famosos del mundo proclamados en la gran exposición de Westminster, en Nueva York.

La Gran Exposición de perros del Club de Westminster acaba de celebrar su 64 aniversario con un gran concurso de canes rarísimos en el Madison Square Garden. Esta vez se exhibieron 92 crías con un total de 2.738 animales valorados en la friolera de \$700.000. Había perros de diferentes categorías: desde los plebeyos de a cien dólares por cabeza hasta el aristocrático bulldog Basford Golden Nymph, importado de Inglaterra hace poco a un costo de 12.000 ruedas de plata.

**Hijo de un campeón y padre de campeones.**

El momento culminante de los tres días del concurso fué la consagración de champion de My Own Brucie, hermoso perro de aguas color azabache, como el primer sabueso de los Estados Unidos. Para alcanzar este máximo honor tuvo que derrotar nada menos que a Champion Nornay Saddler, el perro más famoso de la nación que siempre se había ganado los laureles en las cincuenta y una exhibiciones en que tomó parte.

La victoria de Champion My Own Brucie coincidió con la de su hijo Walida Black Warrior, en el grupo de los perros de aguas de la Exposición de Elm City en el vecino Estado de Connecticut.

En las pruebas de obediencia, prácticas e inteligencia, estos canes cuasaron asombro por su bien desarrolladas facultades.

Desde que su propietario, Herman E. Mellenthin, vió por primera vez a My Own Brucie dijo que iba a ser un gran perro de cría. Para triunfar en la Exposición tuvo que vencer a otro de sus hijos, Dunganvan Display, que había ganado siete de las competencias en el torneo. My Owen Brucie tendrá que ser extraordinario si quiere eclipsar a su propio padre, Red Brucie, que le dió cincuenta campeones al deporte de los canes.

Al igual que los elencos de Hollywood, el mundo de los perros suele conservar el interés de los aficionados con variedades cada vez más extrañas. La exposición de 1940 ofreció curiosos animales de las más apartadas regiones: el Saluki pelirrojo de Egipto, el Briard o perro marino francés, el blanco perro de busca de Lasa, la ciudad sagrada de Tibet, My Own Brucie salió victorioso sobre la variedad más grande de rivales que se ha exhibido en esta ciudad hasta la fecha.

**La aristocracia y los perros aristocráticos.**

Para derivar algún deleite de estas cosas de perros hay que tener algunos conocimientos superficiales sobre la materia. Por ejemplo, el pachón alemán de patas cortas, que hace pocos años sólo era un can digno de admiración entre los conserjes de los edificios neoyorquinos, ahora es uno de los mimados de la alta aristocracia norteamericana que patrocina estos torneos. En la reciente exposición hubo 204 exhibiciones de pachones.

La actriz Helen Hayes y el ex pugilista Gene Tunney presentaron ejemplares en el concurso de perros de lanas. Ana María Paterno, llamó poderosamente la atención con el hermoso Saluki, egipcio Champion Marjan II, que tenía a su lado.

Los millonarios y los artistas de la metrópolis acudieron en masa a luchar por sus favoritos: perros esquimales, de Terranova, lebreles, de Dalmacia, japoneses, de Siberia, de China, daneses, escoceses, irlandeses.

**El gran sexto canino y su rey**

En el Madison Square Garden esta vez hubo 142 exhibiciones de perros de aguas. De estos sabuesos hay registrados en todo el país unos 18.000.

Ninguna familia que resida en los suburbios de la gente rica está completa sin uno de estos ani-

# EL Campeón de los PERROS-1940



Estos cuatro formidables ejemplares figuraron entre los victoriosos en la Exposición Anual de Perros de Westminster, celebrado en Nueva York. Champion My Own Brucie es el Rey de los perros de Estados Unidos; Bergmadle von Waldeck es el mejor perro de San Bernardo; Helmal Flottemberg, el mejor perro pachón, y Lle ol Lah Son, el campeón de los canes diminutos exhibidos en el gran concurso de Madison Square Garden.

males. Los norteamericanos los prefieren a las crías nacionales del Boston Terrier y del perdiguero de la Bahía de Chesapeake. El galgo, el pekinés y el San Bernardo son especies muy conocidas, pero que ya no le caen en gracia al público.

Primero, los concursantes fueron divididos en seis grupos y se seleccionó un campeón en cada categoría de los sabuesos, los lebreles, los perros de busca, etc. Luego se escogió de entre los campeones uno que los superara a todos para darle el premio supremo del torneo: el trofeo James Mortimer. El árbitro encargado de seleccionar al perro de los perros fué el doctor Samuel Milbak, pero antes habían trabajado cincuenta expertos clasificando los grupos competidores, y el cam-

peón de cada uno de los seis grupos finales fué escogido por un famoso perito. La labor más ardua fué la del perito de los perros de busca, John G. Bates, porque entre sus canes estaba Champion Normay Saddler, el perro más notable de la república hasta ahora que ha sido destronado.

El Gran Sexteto Canino encabezado por el rey Champion My Own Brucie se compone de los siguientes ejemplares: Champion Utz Von Dom, el mejor perro de trabajo; Champion Nornay Saddler, el mejor de los «fox-terriers»; Champion Lle Wol Lah Son, el mejor no-deportivo; Champion Burlingame Hellzapoppin, el mejor de los diminutos, y Champion Marjan II, el mejor de los sabuesos.

## TERCER PERIODO

El problema que más preocupa a la política norteamericana es el de si Roosevelt presentará o no su candidatura por tercera vez. El Presidente se ha negado tenazmente a dejar conocer sus intenciones, pero no ha faltado uno que otro periodista audaz que trate por medios indirectos de tenderle una trampa para que se pronuncie sobre este punto. La anécdota que sigue es puramente imaginaria. Se trata de un periodista que llegó a la Casa Blanca disfrazado de empleado del censo; después de hacer todas las preguntas de reglamento, dice:

- ¿Cuánto tiempo ha ocupado usted esta residencia, señor Presidente?
- Siete años.
- ¿Cuánto tiempo más piensa ocuparla?
- Lo siento, pero eso no está en el programa.

## No Más Asma En 2 Años

Hace 2 años el Sr. J. Richards de Hamilton, Canadá estaba en cama sufriendo ataques de Asma. Había perdido 40 libras de peso, había estado sufriendo todas las noches de tos, ahogos y espasmos que no la dejaban dormir. Ya temía morir pronto. Pero Mendaco acabó con sus ataques desde la primera noche y no ha vuelto a sufrir de ellos. Desde hace más de dos años, Mendaco ha tenido tanto éxito que se ofrece con garantía de devolverle la libre respiración en 24 horas y acabar con su Asma completamente en 8 días o su dinero le será devuelto al retornar Usted el paquete vacío.

**Mendaco** Acaba con la *Asma* \* *Bronquitis* \* *Fiebre de Heno*



# LA INTERPRETACION DEL POEMA

por

C. Henriquez Ureña

UN poema es algo más que la expresión de un talento artístico individual. Es esencial y profundamente una forma de la emoción humana colectiva. Las hondas corrientes subterráneas que subrayan el desenvolvimiento externo de la vida de los pueblos brotan en manantial poético. La poesía esencial es la que habla, con una voz, del sentimiento múltiple. La poesía originaria, la poesía popular, en la antigüedad que nos ha legado sus poemas, era un ambiente, un estado colectivo del espíritu humano, «el estado de poesía». Puede ser que los poetas, individualmente, olviden ese nexo con la tierra vasta y profunda, y que conscientemente se propogan hacer de su poesía un juego artificioso de palabras y de ritmos. Pero si tal poesía ha de subsistir, será porque, inconscientemente, esos poetas habían expresado la misma esencia humana que pretendían desconocer.

Concedamos que nuestra época se expresa con más facilidad o más verdad en prosa que en poesía, quizás porque nuestro conocimiento ampliado de los intereses objetivos de la ciencia ha dado al hecho real externo nuevos valores; concedamos que las formas hoy predominantes dentro de la poesía misma son formas intermedias, afines a la prosa. Será cosa de preguntarnos si la poesía no readquirirá algún día el antiguo prestigio. A esa pregunta parece responder afirmativamente un fenómeno digno de reflexión: el entusiasmo que despierta hoy en el gran público la interpretación de la poesía.

Hasta los inicios de la Edad Moderna, se entendió siempre que la poesía debía ser interpretada para el público. Poema épico y lírico cantares—apoyados en la vibración gemela del arte musical, producida en diversos instrumentos—eran llevados a los palacios y a las plazas por rapsodas, juglares y trovadores.

El pueblo—todas y cada una de las clases sociales—se detenían a escuchar la interpretación del poema con el mismo entusiasmo con que presenciaba el desarrollo de un drama sobre el tablado. El intérprete creaba de nuevo la producción poética por la interpretación, poniendo en ella calor de humanidad. Se escuchaba el poema, no se veía. Su musicalidad era casi cabalmente apreciada por cuantos «tenían oídos y oían».

De pronto la poesía empezó a quedarse silenciosa. La imprenta la convirtió en diálogo sin voz del poeta con un solo personaje: el lector. La vibración que se había difundido en el alma colectiva, se concretó. La lectura silenciosa de la poesía hizo que para muchos se perdieran su musicalidad. No exagero: he conocido muchas personas que no gustaban de la poesía porque no la sabían leer y nunca la habían oído interpretada bellamente. En la poesía hay misterios rítmicos que no se revelan al ignorante por el solo hecho de saber leer los caracteres gráficos; como el saber los nombres de las notas del pentágono no basta para poder apreciar la belleza de un trozo musical cuya interpretación no se ha escuchado nunca.

Con el inicio de la etapa de «leer con los ojos» la poesía perdió dos de sus más poderosos influjos civilizadores: lejos de estar al alcance del grupo, de ser lazo de unión entre los hombres—emoción colectiva cuajada y transmitida de generación en generación—y sufrió en sus valores musicales, que no sólo alcanzan al ritmo formal sino a la idea misma, un detrimento, al par que tomaron incremento sus valores verbales.

Pero ha llegado un momento en que se deja

sentir de nuevo la preponderancia del elemento rítmico del poema. Los poetas han reafirmado que su verbo no requiere descifrarse por la gramática para mover las almas; que la esencia de la poesía es el milagro rítmico, el juego de las cesuras, de los acentos, de los silencios, tanto como la transformación del sentido del lenguaje por la imagen y la metáfora.

El concepto de poesía, cada vez más, se amplía en el sentido de emoción. Por ese camino, la poesía moderna se mueve hacia una vida nueva y de esa nueva vida es manifestación característica el resurgir del deseo entusiasta de escuchar la interpretación del poema.

De nuevo se reúne el público en las plazas y los teatros a escuchar la voz del juglar. De nuevo en salas señoriales resuena, en las fiestas, la voz del rapsoda. Y como señal de los tiempos nuevos, es con frecuencia una voz femenina la que reproduce el hechizo de los ritmos poéticos.

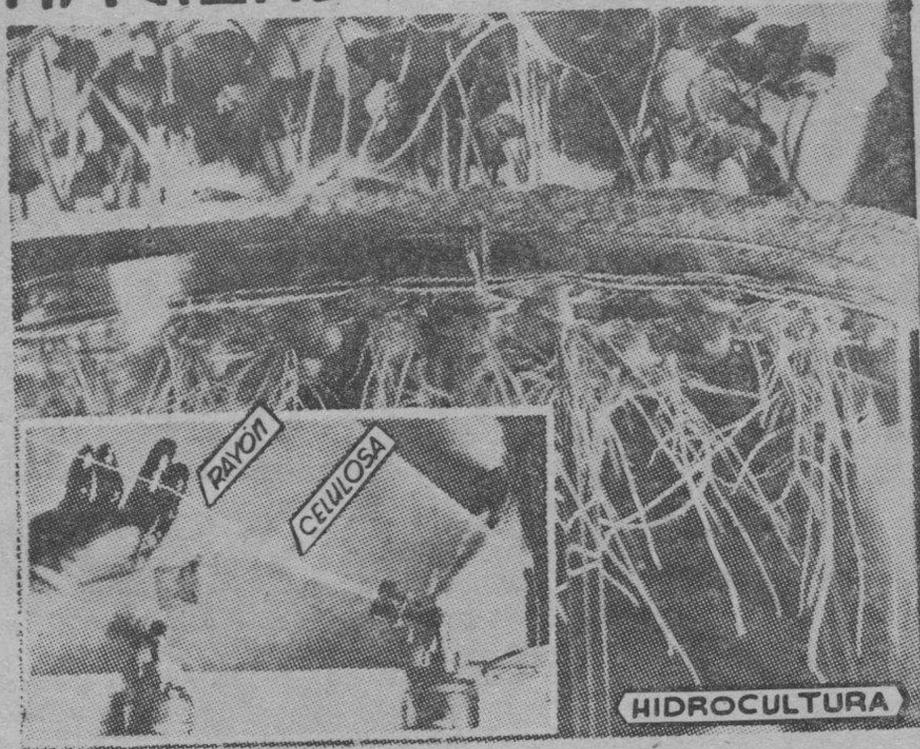
Hace pocas noches hemos presenciado semejante espectáculo en nuestro Anfiteatro. Un público demasiado numeroso desbordaba de las gradas, y afuera quedaba todavía una multitud que pretendía inútilmente entrar. En lo alto del tablado, una figura élfica—un hada que podría vivir en el cáliz de un lirio—mantenía suspensa a la enorme multitud con las palabras bellas que caían de sus labios, haciéndose intérprete de la emoción que en ellas encerraron muchos de los más inspirados poetas de España y de la América Hispana.

Carmina Benguría—tal es el nombre que aquella hada tiene en el siglo—con sólo el gesto de sus breves manos y la vibración de su honda, hermosísima voz, revivía el mito de Orfeo y los días de esplendor de la poesía oída, escuchada con deleite.

«Verdaderamente—recordé—es hermoso oír a



# LA Revolución DE LAS Revoluciones LA ESTA HACIENDO LA Ciencia



Hidroponía se llama la ciencia de cultivar plantas en el agua y en composiciones químicas, como se ilustra arriba. Abajo, el líquido viscoso de la celulosa, coagulado por un baño químico, se transforma en fina hebra de rayón. Así progresan la técnica agrobiológica y la industria en los laboratorios modernos, donde la bioquímica señala nuevos horizontes al ingenio humano

Si queramos vivir en una atmósfera saturada de productos vegetales. Mi teléfono, está hecho de frijoles «soya», los libros de pasta vegetal, sus cubiertas que imitan al cuero, de una filástica comprimida. En la mayoría de los instrumentos profesionales, entran como materias básicas sustancias «plásticas» derivadas de los árboles...

La trementina manejada por los químicos modernos y extraída de los pinos que moran en las altas montañas americanas, es el fundamento de una infinidad de útiles y adornos de nuestro escritorio. Barnices para revestir los muebles, capas de diferentes colores que adornan los cristales y sobre todo es el fundamento del «alkanfor» artificial, uno de los cuerpos sintéticos de notable historial exótico.

## 10.000 productos plásticos

Pero decir «plastics» es decir algo muy ambiguo. En el «National Bureau of Standards» en Washington, existe una exhibición de los productos fabricados a base de sustancias «plásticas» cuyo número alcanza a 10.000. Las materias primas más importantes en estos objetos son las resinas y la celulosa. Y al pensar en el origen de ambas sustancias habría que mencionar un ciento de individuos del reino vegetal que se crían lo mismo en el clima frío que en la zona tropical... Es decir, que ha pasado la era de la explotación del mundo inorgánico

Un día 7 de mayo del año 1935 se reunieron unos trescientos individuos en Dearbon (Estado de Michigan) al objeto de estudiar las futuras aplicaciones que podían tener los productos agrícolas dentro del mundo industrial. Era un núcleo de químicos, biólogos y banqueros que capitaneaba un «pioneer» de este movimiento.

## Un porvenir paradisiaco ofrece la química agrícola

Desde entonces el avance de esta ciencia ha sido de un impulso tal, que en el hogar moderno no hay un objeto que no esté integrado, en mayor o menor cantidad, por una sustancia plástica o sintética producida por la «chirurgia». Los líderes más importantes en el campo de las ciencias, miran a la «chirurgia» como una tabla de salvación para acabar con los conflictos sociales que hoy atacan a los humanos. El célebre doctor Karl Compton, Premio Nobel, Presidente del Instituto de Tecnología de Massachussets, decía en el mes de octubre pasado ante los miembros de la «American Chemical Society», reunidos en Boston: «Llegará el tiempo —y no lejano— en que la «chirurgia» acabará con la guerra porque las Naciones no tendrán necesidad de soñar con conquistas... Será el día en el que los productos más deseados se obtendrán de forma sintética gracias a esta nueva ciencia... Entonces el combustible tan codiciado que se llama petróleo, se conseguirá a costo ínfimo, de los derivados de la hulla y del alcohol sucedáneo de las plantas... El caucho hoy también ambicionado, se obtendrá de manera económica de muchas especies del reino vegetal... De aquí también se derivará un cuerpo que sustituya al estaño y que ha de servir para guardar en conserva, la infinidad de materias originadas por la «agricultura química», sin necesidad de mirar como problema primordial a la extensión del suelo, porque la nueva ciencia, nos dará la manera de criar plantas alimenticias dentro de atmósferas líquidas en las que gracias a nuevas «hormonas» vegetales, conseguiremos cosechas a nuestro capricho con un costo ínfimo...»

## La auxina y la hidropónica

Y no exageraba el Dr. Compton. En el año 1928 el Dr. Went, de California, al estudiar el fenómeno del crecimiento de las plantas, aisló un cuerpo llamado «auxina» que tiene una acción definitiva en el crecimiento de las raíces. Se la llamó la «hormona» del desenvolvimiento del mundo de la Botánica, «hormona» que convencionalmente se la puede comparar con las que segregan la glándula «pituitaria» de los humanos y que son las que toman parte en el desarrollo de nuestro cuerpo. Más tarde de la orina de los mamíferos, se obtuvo un cuerpo (ácido indoleacético) cuya acción era igual a la de la «auxina»... Los estudios más detallados de este compuesto misterioso dieron por resultado la obtención de las plantas gigantes bajo soluciones infinitesimales de este ácido, el cual en unión de la Vitamina B-1, da a la «chirurgia» un arma para conseguir sin suelo los frutos y semillas más codiciados por el hombre...

Ya hemos comentado otras veces, un libro que ha servido para vulgarizar estos cultivos hasta el extremo de hacerlos posibles aun para el más lego en Agricultura. El autor es D. R. Matlin, profesor de «Chirurgia» en Los Angeles (California) y la obra lleva por título, «Crowing Plants Without Soil». Según Matlin, la «auxina» aplicada en soluciones al uno por 5.000 forma raíces de la hoja de cualquier vegetal. Varios días se guarda este órgano en tal solución y después es transplantado a los tanques en donde se sumergen las raíces en otras sustancias, formando así un individuo gigantesco que puede satisfacer nuestras demandas alimenticias. En cuanto a la Vitamina B-1, este autor recomienda su uso con cierta precaución. A soluciones de una «millonésima», influye de manera beneficiosa en la planta que intentamos cultivar. Las innumerables fórmulas que hoy se recomiendan para estos cultivos, están en su mayoría integradas por el Nitrato de Potasio, el Nitrato de Calcio, el Sulfato de Magnesio, el Nitrato de Amonio y el Fosfato Acido de Potasio, cuerpos de costo reducido

## Raíces de cualquiera hoja

«Precursores de la abundancia»

Inspira optimismo el avance de estas ciencias agrícolas. Las citadas ideas del Dr. Compton, están sublimizadas en un libro publicado en la segunda semana de noviembre y que lleva por título «Pioneers of Plenty» por Christy Borth (Bob-Merril, Edit.). En la obra hay un capítulo

histórico de la «chirurgia» y luego una discusión de la parte económica de esta ciencia. Dice el autor —y con razón— que hasta ahora el hombre se ha dedicado a explotar las sustancias «fijas» del reino mineral, sin darse cuenta que el porvenir está en las sustancias que «crecen». Analiza también la revolución económica e industrial que originará este movimiento cuando sea empujado de manera intensa y cita como ejemplo los productos comerciales que hoy se producen todavía no en gran escala.

No exagera el Dr. Borth en su obra bien escrita. Leemos en los boletines publicados por el «National Farm Chemurgy Council», cifras que proclaman el desarrollo de esta riqueza. En el boletín No. 131 (mes de agosto) se anuncia la fabricación de una nueva sustancia plástica de la fécula de la patata según procedimiento del doctor José Seiberlich. Este invento da por resultado la producción intensa del cultivo de este tubérculo y su salida en el mercado a precios beneficiosos.

## Un repollo en cristal de Bohemia

En el boletín No. 133 (mes de octubre) se anuncia la nueva orientación tomada por el comercio del almidón en virtud del cultivo del antedicho tubérculo.

La celulosa ha tomado un incremento tal que según leemos en el mismo número de esta publicación, en 1938, se produjeron durante los primeros seis meses, seis millones de Nitrocelulosa y tres de «celulosa acetato» para usos plásticos;

Naturalmente estos movimientos de un futuro revolucionario que nadie puede pronosticar tienen también su parte estética y romántica, consecuencia del «touche» femenino. Hoy en los Estados Unidos la «hidropónica» está de moda como la ondulación permanente o la gimnasia. «Pasen Uds. a mi invernadero —nos dice cierta dama elegante— para que vean las nuevas plantas que he cultivado...» No hace mucho que en aquel lugar habíamos admirado majestuosos helechos, gigantes crisantemos... Al contemplar los nuevos tiestos, se confunden nuestros conocimientos botánicos... «Miren este ejemplar tan esbelto; es un tomate... Aquellos que nacen en los tanques de mayólica, son nabos... El que está en el vaso de cristal de Bohemia, es un repollo...»



**P**EG fué la primera en decidir que la broma había durado bastante; y fué también la única persona en toda la Agencia Tucker que nunca mostró entusiasmo por la idea de embelesar a Ronald Todd Haskin.

Era cierto: Ronald nunca estaría en Miami en el mes de mayo a no ser por el Salón Automovilístico de la Agencia Tucker. Llegó desde el norte al comenzar la temporada, junto con una limousine de lujo y varios cochecitos de dos asientos, con el encargo de venderlos. El ambiente era favorable; la venta dependía no tanto de la bondad de los coches como de la personalidad del vendedor. Y el nombre del muchacho tenía bastante resonancia para garantizar su contacto con la primera sociedad.

Dave Henderson, uno de los más antiguos y expertos vendedores de la casa, invitó a Peg a visitar el Salón antes de su apertura oficial. Y el hombre que se acercó a ellos en seguida parecía, por todo su porte, ser el propietario de uno de los lindos coches expuestos. Joven, apuesto, de buena figura, vestía pantalones de franela blanca y saco oscuro, evidentemente cortados por un buen sastre. Era rubio y sus dientes blanquísimos. Dave, haciendo pantalla con la mano, murmuró al oído de Peg: —Ahí tiene el nuevo vendedor que nos manda de Nueva York... Algún hijito de familia que no sabe cómo matar el tiempo. Lo enviaron especialmente porque conoce a gran número de richachones que vienen a Miami a pasar el invierno.

Dave se presentó a sí mismo y también a Peg, y el otro dijo, quejumbroso:

—¡Qué lástima! Y yo que me preparaba para convencerlos de la inimitable bondad de los automóviles Tucker! Quería probar mi elocuencia como vendedor.

—No se precisaría de mucha para inducirme a comprar este precioso coche... —rió Peg. Haskin asintió con un gesto y dijo: — No son malos... Y por el poco dinero que cuestan... —Conversaron un corto rato y al salir Dave y Peg de nuevo a la calle, observó el primero en tono agrio:

## El Vendedor

POR  
FANNIE KILBOURNE

—Esto es lo que me indigna... Estos muchachos que se atreven a todo sin tener la menor idea del oficio. Esa frase: —«No son malos... Por el poco dinero que cuestan»— me basó para juzgarlo... ¡Es lo peor que puede decirse!

—Lo habrá dicho inconscientemente —arguyó Peg.— No tardará en adquirir experiencia.

—No lo creo. De cualquier manera, por el momento es seguro que la industria automovilística no se verá muy favorecida por él...

También el nombre aristocrático del nuevo empleado irritaba a Dave.

—¡Ronald Todd Haskin! — decía burlonamente deteniéndose delante de la mesa de Peg, pocos días después y leyendo en voz alta la crónica social del diario que llevaba en manos. — Es el nene que vimos en el Salón... Con un nombre así y con los medios de que dispondrá para ponerse en evidencia, no necesitaría vender automóviles... — y durante toda la temporada invernal los diarios se encargaron de alimentar el resentimiento de Dave contra el nuevo vendedor. Fué una temporada excelente: todos los hoteles repletos, todas las elegantes residencias particulares habitadas. El nombre de Haskin aparecía con frecuencia entre los invitados a las fiestas de Boca Ratón, a los

«fin de semana» de los Vanderhof y a la apertura del nuevo y aristocrático Casino.

—¡Lo raro sería que así no lograrse vender montones de coches Tucker! — reía Dave, con sarcasmo.

Como el Salón debía enviar las notas de venta a la Agencia, fué fácil controlar las del joven Haskin: apenas un cochecito y un coche de excursiones vendido a una alegre compañía de muchachos, siendo estas hechas tan obviamente sin esfuerzo alguno, que más bien aumentaban la luz desfavorable en que aparecía a la Agencia. Sin que en ello hubiese nada de personal: nadie sino Peg lo conocía y también ella muy superficialmente al tener que trasladarse al Salón para extender sus notas de venta. Y sólo a fin de temporada, al clausurarse el Salón, entró Haskin en la Agencia pidiendo un puesto permanente. Únicamente Dave lo conocía entre los vendedores, pero todos quedaron inmediatamente conformes con que se divertirían enormemente a sus expensas.

Esa misma tarde llevó Dave a Peg a su casa en su cochecito, expresamente para contarle lo que tramaban. No se cansaba de repetir, riendo burionamente: — ¡Pensar que no le faltó valor para presentarse y pedir un puesto permanente con sueldo y todo! El estupor del jefe no es para decirlo... Le preguntó qué títulos invocaba para ello y el otro le contestó que hasta el momento había hecho lo humanamente posible para vender coches Tucker... — Dave quería desternillarse de risa y Peg replicó: —Peró... no es culpa de él si no obtuvo mayor éxito... El mismo gerente le dió orden de figurar todo lo que pudiese en las fiestas sociales con el fin de hacer propaganda para la marca.

—También se lo dijo al jefe. Y agregó que no podría aceptar buenamente invitaciones a cenar para los postres tratar de venderle un Tucker a la dueña de casa... ¡Quisiera saber por qué no! Además, no vendió ni un camión en otra parte...



—Pero... lo cierto es que obtuvo un puesto, ¿no es así? El mismo me lo dijo, y lo que es más extraño, ahora, al iniciarse el verano, cuando por lo general despedimos empleados...

—¡Ja, ja, ja! Ahí tiene lo imbécil que es... Si no obtuvo más que vagas promesas del jefe, quien sólo por verse libre de él le dijo que podría probar la venta de coches a comisión... ¡Y cree que así ganará algo! Sólo un novicio como él puede aceptar tal cosa sin contar con un sueldo fijo... ¡Y ahora, al empezar el verano! Le aseguro, Peg, que tendremos de qué reírnos...

Peg comprendió que era verdad. El tiempo perdido no significaría gran cosa para ese muchacho aparentemente tan bien situado que podría soportarlo. Además, razonó, no tardaría en caer en la cuenta de la broma que se le jugaba.

Mas esto tomó más tiempo de lo que Peg supuso. Después de dos semanas, Haskin seguía en Miami, siempre ignorante de que se burlaban de él, siempre empeñado en vender automóviles Tucker. Los vendedores de la casa se divertían en grande y Peg, al pasar casualmente por el salón de ventas por las tardes, dirigiéndose a la oficina del jefe, solía oír fragmentos de conversaciones así: — ¡Oh, no se desanime tan pronto! Yo, en su lugar, seguiría persiguiendo a ese ricacho... Siempre hay esperanzas de que algún día se decida a comprar... — y oía que Haskin contestaba: — No pienso desanimarme. Sólo me preguntó por qué... — mas no oía, pues debía entrar en la oficina, pero lo poco que alcanzaba a oír bastaba para preocuparla vagamente llenándola de una ansiedad que no se explicaba.

Y un día a la hora de almorzar, comprobó que su instintiva aversión contra la broma tenía su razón de ser. Haskin le dijo que no era rico; ya Peg lo sospechaba, pues lo encontraba casi todas las mañanas en el café, llevando sus bandejas a la misma mesita dismantelada, en el rincón cerca del gran ventilador. Por supuesto, no dejó de sorprenderla que un muchacho rico almorzara allí en un medio tan modesto y reservado a los empleados menos favorecidos por la fortuna. Ese día conoció la verdad. Haskin no tenía dinero y ni siquiera provenía de Nueva York. Esa rama de su familia, tan conocida por su gran fortuna, no era a la que pertenecía él. Un legado que recibiera de uno de sus miembros y que bastó para hacerlo estudiar, fué todo lo que los riquísimos parientes hicieron por él. Pero, por supuesto, el solo nombre bastó para abrirle las puertas de la Agencia Tucker, mas esos compromisos sociales que tanto impresionaban e indignaban a Dave, carecían de toda importancia.

—Hay que estar enterado — explicó sencillamente a Peg — de que hay aquí muchos hombres de más de sesenta años que vienen a curarse el reuma, pero que cualquier muchacho de menos

de treinta y que sepa jugar al bridge y que vista bien, no necesita sino de una presentación inicial y de dar su número telefónico para verse asediado de invitaciones. Y le aseguro que de haber sospechado que el salón sólo me enviaba aquí para hacer de gigoló de automóviles, nunca habría aceptado. Aunque — añadió sonriente, — gracias al cielo, me condujo a esto...

—¡No lo condujo a nada! — exclamó Peg impulsivamente, y él inquirió, sorprendido: — ¿Cómo dice? ¿Que no me condujo a nada! ¿Y el puesto que conseguí, o al menos, la formal promesa del jefe de quedar empleado con sueldo y comisión una vez que pueda demostrar el haberme impuesto de las prácticas usuales? De todos modos dispongo aun de medios de vida para un mes o algo así y espero que para entonces estaré empleado regularmente.

—¿Medios de vida... para un mes? — repitió

Peg, preocupada. — Pero... supongo que contará usted con... un hogar... al que podrá volver en caso... de un fracaso... Tendrá padre... madre...

—Ambos murieron. La buenisima tía que me educó y crió haría lo posible por ayudarme en cualquier momento. Pero no lo permitiré; apenas si cuenta con lo necesario para vivir...

Peg se dijo que no era el momento de mostrarse discreta y resueltamente dijo:

—Escúche... No podrá seguir aquí ni un solo día. Hasta ahora nada consiguió: ni puesto, ni sueldo, ni comisión. Es decir, solo esto último en caso de lograr vender algo y bien sabe que es casi imposible en verano. Apostaría cualquier cosa a que el jefe no le infundió grandes esperanzas. Y en cuanto a los vendedores que simulan alentarlos, no hacen más que burlarse de usted. Esa lista que le dieron no sirve para nada absolutamente...

Con gran sorpresa de Peg, el muchacho se echó a reír. Y dijo: — Esa lista nunca me infundió gran confianza y prescindí de ella...

—Pero — insistió Peg, exasperada — ¿no comprende que esas «indicaciones útiles» que le dan no son sino bromas?...

—Sin embargo, algunas no son malas, créame-lo... Byrnes me indicó cómo debía redactar algunas cartas...

—¡Sólo pretende hacerle gastar en estampillas! — gritó Peg, continuando sin piedad: — Todos lo creen un muchacho rico, que quiere vender automóviles para pasar el rato. En todo esto no hay más que una broma tonta y de pésimo gusto...

—Podrá ser broma para ellos... — Haskin se pasó la mano por la cabeza continuando, testarudo: — Pero para mí es algo más; la esperanza de conseguir un buen puesto...

—¡No lo conseguirá! ¿No lo comprende? — la voz de Peg era ahora paciente, como tratando de convencer a una criatura porfiada. — Sin contar con un sueldo fijo, nunca podrá adelantar...

—Pues ayer precisamente hablé con el jefe y me prometió sueldo fijo para el otoño, si ahora conseguía vender unos veinte coches.

—¡Veinte coches! — exclamó Peg. — ¡Ya lo creo que en tal caso le daría sueldo! Pero eso no lo esperaría ni del más avezado vendedor, ni en la temporada más propicia! ¿Cómo es posible que lo espere de usted, ahora, en el rigor del verano, cuando casi no queda un alma en la ciudad?

Haskin dirigió una mirada circular por el café y observó: — Veo bastante gente aquí. Se habrán marchado los visitantes invernales, pero quedan por lo menos unas cien mil personas que permanentemente viven en Miami. Todo lo que

tengo que hacer es seleccionar veinte entre ellos que quieran comprar coches Tucker...

Peg quiso continuar arguyendo, pero quedó muda sintiéndose más bien encolerizada contra este muchacho: acababa de abrirle los ojos, de prevenirlo, tal como puede arrojarse una cuerda a un hombre que se ahoga. Y era desconcertante que rehusara darse cuenta de que se estaba ahogando... Pues bien, nada había que hacerle. Al menos quedaba enterado de la situación: nadie podría ya burlarse de él. Y si estaba decidido a seguir adelante en tales condiciones, era asunto suyo... Que se arreglase como pudiese.

Era obvio que Haskin estaba decidido a seguir adelante. Peg continuó viéndolo a mediodía: él le contó que se leía de cabo a rabo cuanto tomo encontraba que tratara de la mejor manera de hacer ventas y que tampoco dejaba de aprovechar las indicaciones de los demás vendedores, quienes ahora, una vez impuestos también ellos de la verdadera situación, se mostraban más amistosos asegurándole que lo admiraban por la manera cómo había soportado la broma. Y a menudo, entusiasmándose con sus palabras, también Peg olvidaba que todo método que intentase ahora resultaría negativo, mostrándose interesada, para luego reprocharse su actitud alentadora que no podría conducir a nada, sino a hacerlo perder más tiempo.

En los días siguientes trataba más bien de desanimarlo para no despertar en él esperanzas ilusorias de éxito. Mas al ver entonces que Haskin ponía cara triste, le era imposible seguir así y colérica, se reprochaba falta de carácter. Sólo en un punto se mantenía firme: dos o tres veces la invitó él al cine, a bailar en el Eldorado, y entonces declinaba llanamente estas invitaciones.

Nunca permitiría que gastara por ella algo de sus escasos recursos. Pero luego no dejaba de lamentarlo: ¿se habrían divertido tanto! Era un desasosiego, una intranquilidad continua.

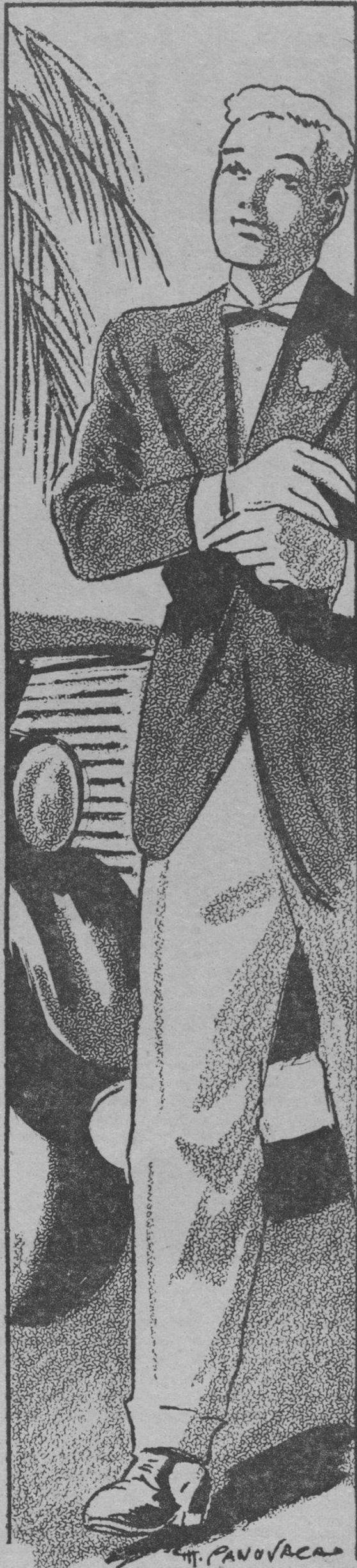
En julio se exacerbó este estado de ánimo. El calor era insoportable y se decía que hacía muchos años que Florida no conocía un verano así. Las playas estaban desiertas, las aguas del océano tibias aún por las noches.

Las vacaciones de Peg comenzaban el primero de agosto. Visitaría a su hermana casada en Asheville. El último día de julio encontró a Haskin como de costumbre en el café. Su corazón latía demasiado apresuradamente y su nerviosidad la sorprendió. Haskin, regresando a su lado a la agencia, le dijo: — Ayer tuve una conversación interesante con Byrnes; le pregunté si no podría indicarme algún método infalible para avivar las ventas en verano, en la estación muerta...

Peg apenas si prestaba atención a sus palabras. Sólo pensaba en lo que viera durante el almuerzo: la bandeja de Haskin estaba cada vez más liviana y era evidente que sólo pedía lo más barato. Y atropelladamente preguntó: — ¿Quiere decirme por qué no hace lo único razonable en estos momentos? Cuanto antes debiera volver al norte y dejarse de tonterías. Aquí el verano es insoprtable en todo sentido.

— Bien lo sé — rió él, — pero no por eso me marcharé. Oiga usted: Byrnes me dijo que allá en el norte, la estación muerta para la venta de coches era el otoño, pero que al instalarse en los coches la calefacción y la radio, se vendieron como pan fresco. Sin duda, si se consiguiera encontrar algo así para el verano, alguna novedad atrayente, no creo que sería tan difícil la venta de los coches...

— ¡Sólo hay una cosa atrayente en estos días! — exclamó Peg. — ¡Salir de viaje! Salir de este infierno de calor! Ausentarse de aquí! ¿No lo entiende? ¿Por qué es tan terriblemente obtuso? ¿Por qué no se ausenta también usted cuanto antes, en vez de trabajar inútilmente, de casi dejarse morir de hambre?... — se detuvo consciente de que no debiera haberlo dicho: muy poco le agradaría a él comprobar que ella había notado la exigüedad de sus comidas... Mas nada le importó en ese momento y llevada por la violencia de sus propias emociones, continuó con pasión: ..



Y seguramente creerá que esta actitud suya es valiente, es noble, es...

— No creo nada de eso — la interrumpió él, mas Peg, sin dejarle hablar, prosiguió casi llorando:

— Y tampoco lo es... No es más que pura tontería, un empecinamiento estúpido... Es maldad... — y furiosamente indignada contra sí misma comprobó que su voz se quebraba en un sollozo sin que le fuese posible impedir el flujo de lágrimas.

Las vacaciones de Peg distaron mucho de las lindísimas, aunque todo parecía favorecer: un tiempo maravilloso, el aire fresco de las montañas, excursiones, bailes, picnics a la luz de luna... La misma Peg se sentía asombrada que todo eso dejara de entusiasmarla como otras veces. No conseguía olvidar la última conversación con Haskin... Qué escena, Dios mío! ¿Por qué se habría entrometido en lo que no debía importarle? Y en el mismo instante se sorprendía de que también ahora la asaltaba un inevitable deseo de llorar al pensar en el muchacho así como le ocurriera allí, en el Boulevard Beacayne, delante de todo el mundo... ¡Qué tontería! Como si Haskin no fuese bastante grande para saber lo que le convenía hacer... De cualquier manera, ansiaba regresar a Miami. Ese deseo aumentaba diariamente y lo raro fue que en medio de unas vacaciones prácticamente perfectas, contaba Peg los días y las horas que faltaban para que terminasen.

Justamente el día antes recibió una carta de Dave Henderson, llena de noticias sobre sus compañeros: Byrnes había aprovechado las vacaciones para casarse; la chica que reemplazaba a Peg era tonta de remate y el jefe esperaba con impaciencia que volviese ella; uno de los mecánicos había heredado tres mil dólares; y terminaba: «...en cuanto al rubio buen mozo, creo que el calor acabó con el poco cacumen que tenía. Haskin parece haber desaparecido. No volví a verlo desde que, hace unos días, entró en la agencia — a mi parecer, semitrastornado — para preguntar al jefe si habría inconveniente en que vendiese coches que los clientes fuesen a buscar a persona, a la fábrica, en Tucker City; y si podían ser visitadas las dependencias de la fábrica por el público. El jefe contestó afirmativamente a ambas preguntas y Haskin se marchó. Pero seguramente no vendió ni un solo coche, pues no volví a verlo...» Peg interrumpió la lectura: esto debía ser alguna nueva broma de Dave... Mas al seguir leyendo se dijo que esto era más serio... Después de haber vuelto a abrir la carta antes de enviarla para acompañarla de algunas fotos de la joven esposa de Byrnes y aprovechó para agregar: «...Haskin sigue en Miami. Acabo de enterarme. Pero creo que por fin se declara vencido; anoche entré en la oficina de viajes y excursiones con el fin de sacar pasaje para mi hermana, y lo encontré allí pidiendo informes sobre los precios de los pasajes al norte. Salió sin comprar... ¡debe estar completamente arruinado! Creo que llegó al momento de iniciar a su favor una colecta entre los compañeros...»

CONQUE... ¡ya estaba! Haskin se ausentó de Miami como tantas veces se lo aconsejara ella. Era probable que a su regreso no lo encontrara ya allí. Se iría derrotado en toda la línea... Nunca fué posible que triunfara! Pero... desde todo no era nada fatal: Haskin era joven, valeroso, y ya encontraría trabajo en otra parte. La cosa no era tan trágica como ella se complacía en juzgarla. No había razón para esas tontas lágrimas que se empeñaban en asomar a sus ojos. Durante todo el viaje de regreso, mirando por la ventanilla del tren, Peg sólo divisaba un paisaje completamente nublado...

En la tarde siguiente bajó en la estación familiar. Lo primero que vio fué a Haskin, corriendo por el andén, deseoso de saludarla. Apoderándose de su maleta, exclamó: — ¡Hola! ¿Cómo está. Peg. Hablé por teléfono a su casa informándome sobre la hora de su llegada y anuncié a su mamá que vendría a recibirla...

El alivio que experimentó Peg la inundó con cálida luz del sol. Haskin preguntó:

— ¿No podríamos entrar en alguna parte y beber algo? Tengo tantas cosas que contarle...

Peg asintió con la cabeza. Mas a poco comprobó que hoy faltaba entre ellos esa serena

tranquila camaradería que desde el principio caracterizara sus relaciones. Haskin estaba nervioso, excitado, y en cuanto a ella, se sentía asaltada por una extraña timidez...

—¿Cómo es que aun lo encuentro aquí? — preguntó por fin, ruborizándose en el momento de decirlo al darse cuenta de que su tono era por demás aliviado y satisfecho.

—¿Encontrarme aun aquí? — repitió Harkin. —¿Y por qué no había de encontrarme? Si no pienso ausentarme... ¡Peg, conseguí el empleo!

—¿Cómo?—Peg creía haber oído mal. —Que conseguí el empleo en la agencia — repitió él pacientemente. — Desde mañana me cuento entre los empleados de la Agencia Tucker, con un buen sueldo.

—¡Por dios, Harkin! ¿No querrá decir que logró vender veinte coches?

—No; sólo vendí once hasta ahora... Pero presenté todas las órdenes de compra al mismo tiempo y tengo fundadas esperanzas de vender muchos más. Al enterarse el jefe de cómo hice para venderlos, me dijo en seguida que podía considerarme como empleado regular de la casa y que mi sueldo sería muy bueno. Así contaría con mayores facilidades para las ventas. ¡Y todo esto, Peg, se lo debo a usted!

—¿A mí?... ¡Imposible! ¿Qué puedo haber hecho?

—Fue usted quien me dió la idea... ¿Recuerda la última conversación que sostuvimos? — (¡vaya si la recordaba!, se dijo Peg). — ¿Cuando me aseguré que sólo había un atractivo en estos días? ¿Salir de viaje, salir de este infierno de calor? ¿Que todo lo que ansiaban las personas que quedaban en Miami era ausentarse? Pues bien... ¡les brindé ese atractivo!

—Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la venta de los coches Tucker?

—Lo siguiente: hice en primer lugar una lista de todas las personas que podrían tenerse en cuenta para mi plan. Y las visité. Pero les ofrecí coches en una nueva forma: combinando la compra con un encantador viaje de excursión por las montañas...

Peg lo miraba, estupefacta. No entendía palabra... Haskin continuó con toda tranquilidad:

—Cavilando y cavilando había llegado a convencerme de que la cosa era perfectamente factible. No habría muchas personas que sabrían resistir a la tentación de hacer una excursión al norte sin que les costara un centimo... Mi idea era ésta: todo comprador de un coche Tucker, tenía opción de viajar por tren hasta Tucker City, que como usted sabe está situada en lo más pintoresco de las montañas, cerca del lago, y allí, después de visitar detenidamente la ciudad y también la fábrica, le sería entregado un coche que él mismo traería en el viaje de regreso.

—¡No es posible! — exclamó Peg, en el colmo de la sorpresa. — ¡Tucker no pagaría esos pasajes!

—¡Si en realidad no los paga! ¿Acaso no está incluido el flete del coche en el precio de la venta? Me informé minuciosamente en la oficina de viajes de los precios de los pasajes y comprobé que el flete aun superaba al gasto de dos pasajes hasta Tucker City. Podía así ofrecer la excursión a un matrimonio o a dos amigos... No se figura, Peg, el entusiasmo que despertó! Y el mismo jefe calificó le maravillosa mi idea... La verdad es que los empleados de la fábrica, que visité, me ayudaron en toda forma. Con decirle que hasta se estableció un servicio de guías para que condujesen al público por las diversas dependencias de la fábrica... Y hasta se puede presenciar el montaje completo de un coche... Por supuesto, los hombres encuentran un placer enorme en todo esto, mientras que las señoras prefieren pasear por Tucker City; ya sabe usted que allí se venden esos lindos encajes hechos a mano... o algo así. Me encargué también de hacer un trazado de la ruta más cómoda y pintoresca a seguir, como también de indicar y avisar a los hoteles del camino que clasifiqué en clase A y clase B, modestos los segundos y lujosos los primeros, para pernoctar. No omití detalle para que el público quedara satisfecho de la excursión y creo que en la próxima semana duplicaré las ventas... ¿No está tan



mal, verdad?

—¡Es precisamente maravilloso! Y bien demuestra el jefe lo complacido que está al ofrecerle en seguida un puesto permanente con un buen sueldo. ¡Comprendió ahora que es usted un gran vendedor, uno de esos hombres que adelantarán de cualquier manera! ¡Ah, si yo siempre lo... se detuvo en seco. ¿Qué había estado por decir? ¿Que siempre lo imaginó?... ¡Pero si no era verdad! Si, al contrario hizo lo humamente posible para desanimarlo...

—Confieso — proseguía Haskin su relato — que faltó muy poco para sentirme completamente derrotado... El día anterior a su partida, Peg, me llevaba con la idea de marcharme también yo. Fue entonces cuando usted dijo...

—¡Nada tengo que ver con todo esto! — exclamó ella, impulsada por la honestidad. — Si dije algo sobre el anhelo de las gentes de abandonar este infierno de calor, nunca fué desde el punto de vista de la venta de coches...

—Pero la verdad es ésta: fué usted, Peg, quien me sugirió esa idea... Y no faltó nada para que me ausentase de aquí como tantas veces me lo aconsejó... — súbitamente se apoderó de la mano de la chica. — ¿Será posible, Peg, que me equivoque?... Ese último día... ¿recuerda?... cuando se echó a llorar... porque yo no comprendía... ¿Y recuerda que me dijo que yo era tonto, malo, estúpido?... Todo eso, Peg, demuestra que... se interesa... por mí... — y en voz muy baja y ansiosa, terminó: — ¿O me equivoco, Peg?

Los ojos luminosos de Peg se encontraron con los de Haskin y la sangre subió a sus mejillas. Y balbuceó:

—¿Equivocarse?... ¿En qué?...

—¡Oh, bien me comprende! ¿Por qué cree usted que resistí aquí todo el verano? Me parece que ya debía adivinar usted mis sentimientos cuando permanecí aquí una vez clausurado el salón. Nunca olvidaré, Peg, ese primer día que entré allí... Llevaba un vestido todo blanco... ¿lo recuerda? Y en otra ocasión...

—Pero, nunca me habló usted sino de la venta de coches...

—¿Cómo podría haberle hablado de otra cosa? Ante todo debía demostrar mi habilidad en la venta de los coches Tucker y conseguir un empleo permanente. Usted, Peg, contaba con su buen empleo mientras yo ni siquiera ganaba para vivir... No me permitió usted invitarla una sola vez al cine o a bailar... Lo único que pude hacer, fué arreglármelas para al menos encontrarme con usted a la hora de almorzar. Mil veces me dije que nunca sería posible que... usted... sintiese algo por mí... Y entonces, Peg, al verla llorar ese último día... antes de salir de viaje... Al oírla que me increpaba tan apasionadamente, pensé... que eso no era indiferencia. ¿Verdad, Peg, que algo... un poco... podrá corresponder a mi amor?

Peg no pudo contestar sintiendo que las lágrimas de nuevo acudían a sus ojos, pero que esta vez fueron lágrimas de felicidad y sólo hizo: —Hum... — Mas a él pareció bastarle, pues las manos fuertes y morenas se cerraron confiadamente sobre las de ella y jubilosamente gritó: —¡Y apenas comencé las ventas! Con tu amor, Peg, siento centuplicar mis fuerzas! ¡Verás la enorme cantidad de coches que venderé ahora!



INSERTO: En 1865, los cañones se cargaban por la boca, como los fusiles, y efectuaban un máximo de cuatro disparos por minuto.

**D**ESDE hace muchos años, la preocupación mayor de las grandes potencias mundiales estuvo constituida por los armamentos. Mucho se habló y mucho se pretendió hacer, en algunos casos, para llegar al desarme — no total — después de la guerra de 1914-18, pero las naciones más poderosas volvieron luego a caer en lo de antes, destinando millones y miles de millones a rearmarse, para no ser superadas por las demás.

Lógica consecuencia de esa carrera armamentista es el mejoramiento logrado en los fusiles, los cañones, los aeroplanos, los barcos de guerra, etc. Todos los adelantos logrados en todas las ciencias han sido pocos para aplicarlos a la industria bélica.

¿Hasta dónde llega la diferencia entre las armas de hoy y las usadas por nuestros abuelos? Es interesante conocerla, y, a tal fin, he tomado como ejemplo al ejército y la armada de los Estados Unidos, que, en general, compendian los adelantos logrados por las fuerzas armadas de los países más poderosos del mundo.

#### El fusil

El soldado norteamericano de infantería de 1865, año en que se disputó la primera guerra moderna de ciertas proporciones, usaba un fusil de percusión, de caño largo y 58/100 de pulgada de calibre, que se cargaba por la boca y hacía un solo disparo; el proyectil era de plomo y pesaba alrededor de treinta gramos, mientras que la bala utilizada en la gran guerra tenía un calibre de 3/10 de pulgada y un peso de diez a doce gramos. Tantas y tan complicadas eran las operaciones necesarias para cargar y disparar un fusil en 1865, que el soldado común sólo podía hacer fuego una vez por minuto, y el más experto dos veces en el mismo espacio de tiempo.

El alcance del fusil era de mil seiscientos metros, aproximadamente, pero su poca precisión y la mala calidad de las miras lo reducían a unos mil metros, y eso en las condiciones más favorables. Mas la guerra las ofrece en contadas ocasiones, por lo que, en batalla, el fusil tenía, por lo general, un alcance sólo de trescientos metros.

Entre 1865 y 1918, en todas las naciones se introdujeron importantes cambios en el arma portátil del soldado. Para conocer el resultado final de todas esas modificaciones se puede tomar como tipo el fusil Springfield, del ejército norteamericano; el modelo 1903, por ejemplo, es de repetición, calibre 30, que se carga por la culata. Equipado con un cargador de cinco balas, se podía disparar a una velocidad máxima de veinticinco tiros «apuntados» por minuto, aunque el término medio

El autor, conocido perito en municiones del Ejército norteamericano, pasa revista a los adelantos registrados en los diversos armamentos desde 1865 hasta la fecha.

es la mitad de esa cifra. El alcance máximo es de 3.200 metros, pero su eficacia no va más allá de los mil o mil cien, y en batalla rara vez excede de la mitad de esta última cifra, o sea quinientos metros.

En el intervalo entre 1918 y 1939 se inventaron fusiles más poderosos, tales como el Magazine Rifle, M-1 o Garand (este último nombre es el de su inventor), producido en los Estados Unidos. Es un arma semiautomática de ocho tiros, y sólo se necesita apretar el gatillo para dispararla, sacar el cargador vacío y poner uno nuevo en la cámara, evitando así la molesta manipulación del cerrojo, necesaria en las armas militares modernas desprovistas de características automáticas. Aunque emplea los mismos proyectiles que el «Springfield», su mayor rapidez de fuego permite disparar un máximo de cien tiros «apuntados» por minuto; el término medio de velocidad es la tercera parte de la mencionada. Los adelantos registrados en la fabricación de municiones han aumentado el alcance máximo del fusil a unos cinco mil metros, pero el alcance efectivo y de batalla no superan al del «Springfield».

En cambio, el poder del soldado por lo que a disparos se refiere, ha sido incrementado en otros sentidos desde 1865. Así, en 1918 se distribuían unos seis fusiles automáticos cada cien hombres, mientras que en la actualidad el porcentaje ha aumentado a nueve. Además, cada cien hombres hay dos ametralladoras, que pueden disparar quinientos proyectiles por minuto. De tal manera, el máximo de disparos que pueden efectuar cien hombres de infantería ha aumentado de 282 por minuto (94 fusiles, a razón de tres tiros por minuto) en 1865, a 3.690 en 1918, y 11.360 en 1939. Hoy en día, cada fusil automático contribuye a esa cifra con unos 240 disparos por minuto.

#### La ametralladora

La primera ametralladora de buenos resultados que apareció en el mundo, la «Gatling», llegó a disparar 150 balas de calibre de mosquete (58/100 de pulgada) por minuto. Y aunque su alcance máximo no superaba al del fusil contemporáneo

(de 1.000 a 1.100 metros), era muy eficaz, debido a que estaba montada sobre una base fija.

La ametralladora de 1918 (Browning) era una arma muy diferente. Poseía ya un solo cañón, estaba enfriada por agua, disparaba 500 tiros por minuto con proyectiles del calibre «standard», de fusil (30), y su alcance máximo era idéntico al del fusil de la época (3.100 metros). Pero su eficacia, debido también a la base fija, era mucho mayor que la de la mencionada arma portátil, alcanzando a 2.300 metros. Con las municiones que se usan actualmente — la «Browning» sigue siendo la ametralladora oficial del ejército norteamericano — su alcance llega a unos 5.300 metros, y su eficacia a 3.600 o más.

#### Artillería de campaña

En 1865, los Estados Unidos empleaban el cañón llamado «Napoleón», con balas de cinco kilos. Se cargaba por la boca, como el fusil contemporáneo, y podía efectuar un término medio de dos disparos por minuto, que en caso de necesidad aumentaban a cuatro. Esta pieza era transportada a una velocidad que se controlaba por la de la infantería o la caballería que la acompañaba, o sea, a unos cuatro kilómetros por hora. Y como la rapidez del paso del soldado de infantería o de la caballería no aumentaba desde hacía mucho tiempo, en 1918 siguió siendo de cuatro kilómetros por hora la velocidad de transporte de los cañones de campaña.

Pero, en cambio, la pieza de 1918 presentaba muy pocos puntos de semejanza con la de 1865. La longitud del cañón había aumentado en la mitad, y el diámetro disminuido a siete centímetros y medio. Se le cargaba ahora por la culata, y se podía hacer fuego, como máximo, veinticinco veces por minuto; el término medio era de seis disparos por minuto. La escasa elevación que permitía dar al cañón la cureña utilizada entonces, limitaba a ocho mil metros el alcance máximo de aquella pieza. Fué inventada en Francia en 1897, y como único nombre llevaba y lleva el de su calibre en milímetros: es el famoso «setenta y cinco».

Y el «setenta y cinco», con una nueva cureña sobre ruedas neumáticas, se usa todavía en el ejército norteamericano. Pero la mecanización y la motorización han aumentado su velocidad de transporte; cuando acompaña a tropas que viajan en vehículos a motor, a 50 kilómetros por hora, por lo menos, que pueden llegar fácilmente a 70 u 80 en caso necesario. Y la mayor elevación permitida por la cureña actual, además de los mejoramientos introducidos en los proyectiles, extiende su alcance a doce mil o más metros. No ha cambiado, sin embargo, la frecuencia de los disparos.

#### Las naves de guerra

En 1865, el barco de guerra común no desplazaba mucho más de tres mil toneladas, con excepción del «Warrior», de la armada británica, cuyo desplazamiento alcanzaba a nueve mil toneladas. Tenía 115 metros de largo y llevaba cuarenta y ocho cañones, que se cargaban por la boca y disparaban balas de sesenta y ocho libras.

En 1918, Gran Bretaña poseía ya el «Queen Elizabeth», de más de 190 metros de longitud y 27.500 toneladas, con una batería principal de ocho piezas de quince pulgadas, que se cargaban por la culata. El blindaje de acero era de trece pulgadas de espesor, y la nave podía desarrollar una velocidad de 25 nudos, impelida por sus máquinas de 75.000 toneladas de fuerza.

Veintiún años más tarde (1939), el «Nelson», también británico, tiene 213 metros de largo, 33.950 toneladas de desplazamiento y una batería principal de nueve cañones de 16 pulgadas, cada uno de los cuales pesa 103-1/2 toneladas. El «Nelson», cuyo blindaje mide catorce pulgadas de espesor, puede desarrollar treinta nudos de velocidad, aun cuando sus máquinas tienen 45.000 caballos de fuerza, mucho menos que las del «Queen Elizabeth».

Y piénsese que las naciones del mundo no se conforman con los enormes adelantos logrados en los últimos setenta años, y especialmente desde 1918. Por lo contrario, todos sus esfuerzos se dirigen a hacer más mortíferos sus ejércitos, a aumentar el poderío de sus armas y la eficacia de sus naves y sus aviones.



**RIGORE** Gafencu, ministro de Relaciones Exteriores de Rumania, es en estos momentos el hombre más ocupado de Europa. Porque si alguna vez

necesito un diplomático de toda su sabiduría y hasta de toda su paciencia, tal es el caso del ministro del rey Carol que tiene que hacer frente, con sonrisas que en ocasiones quisiera ver tornadas en lágrimas, a las «observaciones» que le hacen los representantes de los gobiernos de Berlín, de París y de Londres.

Desde la capital de Inglaterra ha llegado a Gafencu la última nota de que tenemos noticias. En ella se le dice, en el lenguaje de la diplomacia que hay que leer entre líneas, que los aliados desean sinceramente que las presentes cordiales relaciones que existen entre ellos y el gobierno de Bucarest, al que «han garantizado contra posibles agresiones», no sufran como resultado de las acciones de dicho gobierno balcánico. En otras palabras, Sir Reginald Hoare, el ministro británico ante el gobierno de Rumania, ha informado al rey Carol que los aliados no están dispuestos a consentir que se doblegue a las imposiciones de Alemania en la cuestión del petróleo.

**LOS GRAVES PROBLEMAS QUE CONFRONTA RUMANIA**

La nota en cuestión ha sido enviada a Bucarest cuando los alemanes y los rusos acababan de anunciar la autorización dada por el gobierno de Moscú al de Berlín, «para que realizara labores de policía» en las doscientas millas de ferrocarril que recorren a través de la Polonia alemana hasta la frontera de Rumania. Nada se sabe acerca del núcleo de fuerzas alemanas que serán necesarias para realizar tal labor, pero es de suponer que la medida ruso-alemana ha tenido como principal objetivo informar al rey Carol—y a su ministro Gafencu—de que, «en caso de necesidad», el ejército alemán no encontrará obstáculos para invadir a Rumania sin necesidad de violar la neutralidad de Hungría, la aliada de Italia.

Alemania tiene absoluta necesidad del petróleo rumano, y esa puede ser la mejor garantía que encuentre el rey Carol para la soberanía de su nación. Actualmente el gobierno de Hitler recibe—o tiene derecho a recibir 1.500.000 toneladas de petróleo rumano, mientras que Italia toma 650.000, Inglaterra 500.000 y Francia 250.000. Los alemanes han estado haciendo fuerza para que se aumente su cuota en perjuicio de los aliados, mientras que éstos, que poseen buena parte de los pozos petroleros del país, oponen toda clase de obstáculos a las entregas con destino a Alemania. De ahí que el rey Carol, muy recientemente, haya promulgado una ley que dispone que en caso de necesidad el gobierno se incaute de los yacimientos petrolíferos que están ahora en manos extranjeras. Para él, en un momento dado, puede tener más importancia la amenaza de las tropas germanas concentradas en la frontera, que la pérdida de «la garantía contra los agresores» que le brindan los gobiernos aliados.

El caso de Rumania aparece en estos momentos lleno de complicaciones. Por el este tiene a Rusia, que no ha aceptado nunca la conquista de la Besarabia realizada por los rumanos cuando el coloso ruso, conmovido por las guerras que siguieron al establecimiento del comunismo en el país, no pudo oponerse a sus designios. Por el oeste a Hungría, que desea reincorporar a su territorio la Transilvania perdida a resultas del tratado que en 1919 desmembró el imperio austrohúngaro. Y por el sur a Bulgaria, que tampoco se resigna a la pérdida



**EL REY CAROL DE RUMANIA QUIERE TENER A TODOS LOS RUMANOS TRAS EL.**—Durante una campaña encaminada a reunir en un solo haz a todos los grupos rumanos, incluso los que le han sido hasta ahora desafectos, fué tomada esta fotografía del rey Carol de Rumania, al que acompaña su hijo, el príncipe heredero Miguel, besando un icono sagrado en la población de Cluj. El monarca teme el ataque de los rusos y no desea confrontar problemas de índole interna en tal emergencia.

# RUMANIA y el REY CAROL

**Mientras Alemania lleva sus soldados a la frontera rumana - polaca, para recordarle al rey Carol que en un momento dado pudiera atacar su país, el gobierno de Londres le envía una nota que en el lenguaje de la diplomacia quiere decir que los aliados no están dispuestos a consentir que se doblegue a las imposiciones germanas.**

de la provincia de Dobrudja cedida a Rumania al final de la guerra mundial.

Repetidamente se ha asegurado que Rusia y Bulgaria se han puesto de acuerdo para exigirle a Rumania, en cuanto la ocasión sea propicia, la devolución de los territorios perdidos. Y en lo que a Hungría respecta, a raíz de la reciente visita de su ministro de Relaciones Exteriores a Italia, cuando se afirmó que ambas naciones habían firmado un pacto de carácter militar, la Prensa italiana—que es tanto como decir el gobierno de Roma—instó a los rumanos a que se entendieran con los húngaros, y les devolvieran parte al menos de su territorio sin apelar a las armas.

**LOS ALIADOS QUIEREN TAMBIEN EL PETROLEO RUMANO**

En semejante situación el hecho de que Alemania defienda—por la cuenta que le tiene—el actual «status quo» rumano que le permite obtener de dicha nación parte del petróleo que necesita para continuar la guerra, pudiera resultar, en un momento dado, la mejor garantía para el rey Carol. Y de ahí, tal vez, el hecho de que el gobierno rumano haya estado favoreciendo últimamente las pe-

ticiones alemanas hasta el punto de provocar la intervención aliada mediante la nota a que nos hemos referido antes.

Mr. Raymond Daniell, corresponsal de «The Times» de Nueva York en Londres, comenta al efecto:

«No se trata de los embarques de petróleo que Rumania está haciendo actualmente a Alemania, porque hallándose el Danubio helado, aquí se duda que los alemanes estén recibiendo por ferrocarril más de unos millares de toneladas al mes. Sin embargo, los aliados quieren estar ciertos de que el decreto del rey Carol estableciendo el control del Estado sobre la producción y la exportación, no les impedirá usar sus facilidades de crédito, superiores a las alemanas, para comprar la mayor parte del producto de los pozos, de ese modo restándolo a Alemania que tiene que resolver su actual problema de transporte.

Ese problema, al parecer, es el que Alemania ha pretendido solucionar a su modo, llevando sus soldados a la frontera rumana-polaca...



por Federico Villoch

La calle del Aguila.—El Castillo de San José. Los soldados de Pavía.—El buen diente.—Homero.—El ministro chino.—Una leyenda china.—Raul Cay.—La calle de la Zanja.—Chan, Bon, Bian.—El puñal del godo.—Rojo, azul y carmelita.—La «Nautilus».—La calle de los huevos.—Zerep.—El doctor Ramón Grau San Martín.—Ictiricia nacional.

CON frecuencia nos tropezamos en el tranvía, en el ómnibus, en la calle, en el paseo, a la salida del teatro o del cine, con un señor ya entrado en años que se nos acerca afectuoso para decirnos:

—En esa postal que usted publica hoy sobre tal calle, acerca de tal sitio, referente a cierto acontecimiento, se le olvidaron a usted algunos detalles sin importancia, que yo quisiera recordarle. Mire usted: en esa de las «esquinas» no cita usted la de Aguila y San José, en la que había una célebre bodega llamada «El Castillo de San José», punto de cita y reunión de los maleantes de aquel barrio, en cuya calle de Barcelona, allí a la vuelta, existía una Comisaria a cargo del inspector señor Aranguiz, a quien los ñáñigos y rateros del lugar temían como al mismísimo demonio; y uno de cuyos familiares cercanos se suicidó, o intentó suicidarse, abriéndose el vientre con una navaja al estilo de los samurays japoneses.

En esa cuadra de Aguila, entre San José y Barcelona, había muchas cosas que recordar: una Casa de Socorro, a donde a cada rato eran llevados para curarlos, los ñáñigos que resultaban heridos en sus continuas pendencias, de cuya Casa de Socorro era el médico principal el doctor Zú-

ñiga; había, además, la célebre tornería de don Antonio Pardo, padre de Vicente y Antonio Pardo Suárez, ambos citados con honor en la prensa y la política habanera contemporánea. En esta tornería le daba vueltas a la rueda catalina que movía la maquinaria de la casa, un negro ciego llamado Alejandro, tocador de guitarra, acompañado de la cual, y de algunos vasos de «caña» que ingería en la citada bodega del «Castillo», le hacía la competencia al vate callejero Ibrilio, poniendo en décimas los refranes, cuentos, sucesos y dichos del día. Alejandro era ciego, como Homero, y, como él, refería y cantaba en versos el sitio de «Troya», el valor de Aquiles, la belleza de Elena, o sea, las peleas del Ecoriofó-Muñanga, con sus cabildos rivales; la valentía y majeza de Fico Paz, Eulogio Ricón, Sotolongo y otros guapos célebres, y la sandunga criolla de «Mercé», Micaela y demás «helénicas» del barrio...

—Muchos pequeños detalles—dice la postal andante—de esos que se califican de insignificantes, y son, por el contrario, los más significativos de todos, podría citarles a usted; pero voy a traer a cuento nada más que algunos, para no hacer interminable esta charla callejera y robarle a usted y a sus lectores el menor tiempo posible. Por ejemplo, ¿se acuerda usted de aquellas frituras de bacalao que se vendían en las bodegas?

Mirada de asombro nuestra, acompañada de una benévola sonrisa, a la invocación del recuerdo.

—En esta bodega del Castillo de San José—prosigue la postal andante—como en casi todas las del barrio, era costumbre por aquella fecha vender, expuestas al público en unas grandes fuentes

de loza basta orillas de azul, aquellas frituras a las que se les llamaba «soldados de Pavía», su envoltura amarilla, semejante a los uniformes que «in illo tempore» usaban ciertos soldados del ejército español, lograda aquella en una masa de harina de Castilla, aceite de oliva, no siempre en las mejores condiciones, y cargada con azafrán, clavos de comer, pimienta, anís, orégano y otras especias. Se detallaban a medio, cinco o seis centavos billete, equivalentes a dos quilos de cada una—difícil era decir qué tenía más gracia, si la fritura o el billete de a medio—, y se servían, por lo general, el almuerzo de los callejeros, cocheros de «arrastrapanzas» y otros, de los que se pasaban el día de pie sobre el mostrador de las bodegas, siendo también el bocado de ayuda de las clases pobres. La bodega del «Castillo de San José» tenía fama por los buenos ingredientes que se empleaban para hacerlas; pero había otras realizadas con harina y bacalao de mala clase, que sólo se aceptaban un buen apetito, azuzado por una larga y sostenida abstinencia. Más adelante las bodegas plantaron las «fritangas» de los puestos de calle que empezaron a prodigarse por los barrios, y las que ellas también formaban parte, llamándose entonces «cajitas premiadas»; pero es fama que nunca pudieron las de los «celestiales» superar con mucho, a las que hacía «el catalán de la quina», como entonces se les llamaba a los bodegueros, de cualquier región de España a que perteneciesen.

La «vieja postal andante», recordando aquellas «tortillas de bacalao», se relame gustosa; y consagra «bocato di cardinali», sin caer en cuenta de que el apetito de aquellos juveniles era lo que nos hacía devorar, con igual deleite, si llegase el caso, hasta una tortilla de chipolonas. «A buen diente»...

En la otra esquina de San José, diagonal a la bodega del «Castillo», existió por años, acaso por siglos, una vieja descascarada casucha de madera, agujereada como el cascarón de una muela vieja, donde por mucho tiempo hubo carnicerías, carpinterías, tiendas de ropa, lacos, rastros, vendutas de todas clases, y que han echado abajo para levantar un edificio moderno: han empastado la muela vieja, y ahora amo comerá mejor.

Esta calle del Aguila es la más larga de la ciudad; y, semejante a la de Lafayette, de París, atraviesa la población de un costado al otro, dividiéndola en dos secciones casi del mismo tamaño. Ella sola—agrega la postal andante—merecería una postal descolorida de las que usted publica. Va usted recorriéndola y no ve a derecha e izquierda de ella más que cosas dignas de ser recordadas. Desde la playa de San Lázaro, de los rocosos y punzantes arrecifes, dondes desaguaba, un enorme y pestilente boquete, una de las principales cloacas del imperfecto sistema sanitario colonial, hasta Tallapiedra, donde se levantaba la antigua fábrica del alumbrado de gas público, tenía usted donde escoger a su gusto: el tren de coches de Rosillo, en Neptuno; en la esquina de San Miguel, el depósito de tabaco en ramita del señor Ibor, de uno de cuyos patios interiores había un abundante manantial de agua potable que solían surtirse los vecinos, en días de escasez; en la esquina de Zanja, la primera casa de departamentos a la moderna, en aquella época fabricada en la Habana, por el acaudalado propietario señor Salaya; en frente del él, y ya adelantada la República, se levantó el bello y monumental Palacio de la Red Telefónica; y en la diagonal de Dragones y Zanja, donde estuvo la antiquísima fonda «El Aguila», otro moderno edificio de apartamentos; en la esquina de Reina, el antiguo café y restaurant «La Diana», de Porrua, donde acostumbraban reunirse los hermanos La Te y demás «gallos» de «la Plaza del Vapor».

Al llegar a este punto, a la vieja postal andante le tiembla un poco la voz, y se ve que anhela un doliente suspiro. ¡Pobre café «La Diasa», que ha tenido que cerrar sus puertas, vencido al fin por las circunstancias adversas, contra las que desde hacía tiempo venía luchando! Se acabaron sus animados almuerzos; las cenas galantes en

reservados; las alegres noches de su café, cuando las amenizaba el maestro Romeu—el Bizco de «La Diana»—tocando al piano criollísimos danzones de su invención, y de Peñita, y de Torroella, y de Marianito. Nadie ha tocado jamás los danzones como «el Bizco de La Diana.»

Casi esquina a Monte—continúa la postal—la sombrerería «La Ceiba», aún existente, y una de las más populares y antiguos de la Habana; en los alrededores de la Calzada de Vives, las cuevas del ñañiguismo, eterna preocupación del Jefe de Orden Pública, coronel Elías, y de los celadores a sus órdenes, Sabatés, Miró, Quiñones, Prats y otros; y sede de los solares, en que se organizaban las comparsas carnavalescas del «Alacrán», la «Culebra», etc. y de donde partían para reunirse en Aguila y Bernal con las de «Los Hijos de Quirina», «Los Guajiros» y otras.

En la cuadra de Aguila, antes de llegar a San Rafael, existía al lado la casa en que hoy se halla establecida la tienda «Fin de Siglo», por el fondo, una de las fábricas de cigarros más antiguas de la Habana, propiedad de don José María Reucurrel, quien tenía registradas tres marcas con los nombres de «Andrea», «Astrea» y «Galatea», que elaboraban sus productos con la mejor picadura de tabaco cosechado en el «Hato de San Luis», de Vuelta Abajo, del que era propietario dicho señor Reucurrel, con destino a los puertos de Venezuela, Honduras, Costa Rica y demás repúblicas de Centro y Sud América. Se leían en sus barriles de cigarros—unos barriles muy limpios y correctamente contruidos—escritos los nombres de Guayaquil, Quito, Payta, Callao y otros puertos, que despertaban en los transeúntes la idea de unos lejanos y exóticos países de gauchos y pamperos...

En la esquina de San Rafael e Industria, en la gran casa palacio de Ariosa, la número 125, se instaló el primer Consulado chino que se estableció en la Habana, en tiempos de España, el año 1878. El Cónsul, el secretario y demás altos empleados eran todas personas cultas, y de elegante y agradable presencia, educados casi todos en las más renombradas universidades europeas. La alta empleomanía hablaba el inglés, el francés y el alemán, y muchos aprendieron aquí el español, pronunciándolo correctamente. Asistían, invitados, a todas las fiestas y recepciones de las principales sociedades de recreo: el Ateneo, la Caridad del Cerro, el Pilar, el Casino Español, y sus figuras esbeltas y gallardas, que hacían resaltar sus ricos vestidos de brillante seda, contrastaban con la enclenque, tuberculosa y mal trajeada de los chinos de la calle de la Zanja, y los únicos que habíamos conocido hasta entonces.

A poco de inaugurarse el Consulado en la dicha casa de Ariosa se dió un baile que se llamó «Baile Blanco», al que asistió lo mejor de nuestra sociedad y el cuerpo diplomático en pleno, no faltando, por desgracia, un pequeño grupo de jóvenes alocados que hicieron de las suyas. El Cónsul se llamaba Li-Lian-Yuan. Era la época de las piezas de cuadro, lanceros, cuadrillas, rigodón, vals de Strauss—las mulaticas decían «val de estrado»—la polca, la mazurca y la clásica danza criolla; menos ésta, todas las demás piezas las bailaban los «celestiales» con la mayor fineza y elegancia. Eran gentes que siempre se estaban sonriendo, y enseñando su blanca y firme dentadura y echándose continuamente fresco con sus diminutos abanicos de negro y fino varillaje.

Con respecto a aquel incesante abanicarse, uno de los secretarios del Consulado, joven él, a lo mejor un filósofo o un poeta, cierta noche de baile en el Casino Español, que se hallaba entonces en la parte del actual Centro Asturiano que da para la calle de Monserrate, entre un grupo de ilustradas y distinguidas señoritas, relataba, en un puro y selecto francés de academia, la siguiente e interesante leyenda china, que todas escuchaban con la más firme atención: «Cierta filósofo—decía—se paseaba por un cementerio, mirando con la más profunda tristeza tanto montoncito de tierra seca, cada uno de los cuales indicaba el sitio de una sepultura. De repente vió una mujer cuya palidez excedía a la blancura de su vestido, arrodillada junto a un montón de tierra húmeda,



que aquella abanicaba con suma tristeza. —¿Es tu padre a quien lloras?—la preguntó afectuosamente el filósofo. —Es mi marido—respondió ella.— Pero ¿por qué abanicas de ese modo la sepultura? ¡Bhuda no te devolverá por eso a tu esposo!—¡Ah! —replicó la joven—es que yo le juré, en sus últimos instantes a mi esposo, no volverme a casar, hasta que la tierra que cubre sus restos estuviese completamente seca... y vengo todos los días a hacer aire sobre su tumba, para que la humedad desaparezca más pronto».

Un coro de alegres y juveniles carcajadas premió la interesante relación del joven miembro del Consulado del Celeste Imperio.

Los descoloridos de entonces recuerdan aquel baile como uno de los más suntuosos que se han dado en la Habana. Tres orquestas tocaron en él: la de Valenzuela, en el primer piso del Palacio; la de Félix Cruz, en el segundo, y la Banda de la Marina de Guerra Española, que dirigía el comandante Gil, en el patio. Se abrió una puerta en el primer piso, para comunicarlo con el de la casa contigua de San Rafael, a fin de que tuviese amplia cabida el crecido número de invitados que iba a concurrir a la fiesta. Los salones aparecían profusamente iluminados con farolillos chinoscos, entre los que se balanceaban a impulsos del aire, multitud de ligeras cortinas formadas por canutillos de cristal de colores, lo que producía un efecto verdaderamente fantástico.

En el ángulo del balcón se instaló un foco eléctrico giratorio, de los primeros que se vieron en la Habana, y que alternativamente iluminaba la calle de San Rafael y la de Industria. Se sirvió un abundante y variado buffet en el que figuraban vinos, conservas y delicados dulces de la repostería y la cocina chinesca.

Durante mucho tiempo fué asesor del Consulado Mr. Richar I. Cay, súbdito inglés, alto y bien plantado, de profusa barba rubia, padre de Raúl, el conocido cronista y clubman habanero, que heredó el cargo a la muerte de su padre. Raúl Cay era uno de los concurrentes más asiduos y simpáticos de la Acera del Louvre. Por lo general, vestía de blanco, lo que hacía resaltar sobremanera el color rojo encendido de su tez. Tenía una imaginación para inventar «fantasías», que sobrepasaba a la del poeta inglés Rudyard Kliping, por lo que muchos de sus amigos lo consideraban como un genial mentiroso. De sus antepasados escoceses contaba novelas que dejaban detrás a las de Walter Scott. Cuando se ponía a detallar «comidas chinas», a muchas de las que, decía, había asistido recientemente, inventaba los platos más imposibles y repulsivos, aun siéndolo ya bastante algunos de los popularmente conocidos: pechugas de águilas, higados de cóndores, ensalada de nenúfares, etc. etc. Además inventaba máximas y leyes de Confucio, en las que el filósofo chino jamás había pensado. Raúl tenía tres debilidades: Maupa-

ssant, el buen whiskey y los salones elegantes. De éstos era, en el «Figaro», uno de sus más amenos cronistas, en cuyo semanario contaba con el aprecio y la íntima amistad de todos los redactores. La corrección inglesa la llevaba hasta lo sumo: todo un gentleman, en todos los órdenes. María, su hermana mayor, estaba casada con el general Lachombra, del Ejército Español.

La calle de la Zanja de entonces, sobre todo el tramo comprendido entre las Calzadas de Galiano y Belascoain, era la exacta reproducción de una aldea china, con todas sus miserias, suciedades y detalles típicos, en la que se veían a derecha e izquierda, vendutas al aire libre, de aletas de tiburón, peces raros, extrañas hortalizas, tripas de cerdos y otros nauseabundos alimentos. Los fumadores de opio abundaban a cientos, saturando el ambiente de sus acres y enervantes emanaciones, y atrayendo en no escaso número a los infelices que ya empezaban a rendirle homenaje a la droga. Por húmedos, oscuros y misteriosos pasillos, que conducían a lóbregos albergues, entraban y salían cientos y miles de chinos que allí vivían en el más horrible hacinamiento y en la promiscuidad más repugnante. La tisis aleteaba en aquel enrarecido ambiente. Frecuentemente la policía hacía una «razia» en estos fumaderos, y se llevaba detenidas a muchas personas, que no eran chinas precisamente.

Bajo tiendecillas de sucias lonas, mugrientos trapajos y roidas esterillas, operaban los barberos—entonces aún usaban la larga trenza característica de su raza—los dentistas y los médicos. discípulos éstos de aquel médico chino Chan-Bon-Bian, que tan célebre y popular se hizo en Cuba. Se le sacó a Chan-Bon-Bian más de una rumbita popular, y se puso de moda aquella frase que se aplicaba a los desahuciados en todos los órdenes: de un hombre imposible, se decía: —A ése no lo cura ni el médico chino. De la Colonia y sus cosas: Esto no lo salva ni el médico chino.

Una de las rumbitas decía:

¿Qué tiene la niña?  
Sarampión.  
¿Con qué se le quita?  
con chicharrón.  
¿Que la niña  
que se enfermó;  
que Chan Bon Bian  
que la curó!  
¿Qué tiene la niña?  
Que mal de amor  
¿Con qué se le cura?  
con cundiamor.  
¿Que la niña  
que se enfermó;  
que Chan Bon Bian  
que la curó!

Las frituritas de chicharrones y bollos ocupaban

gran número de casas. En pequeños botiquines se ofrecían pócimas, emplastos, unguentos de la farmacia china, y sobre todo aquellos pomitos con una esencia china especial que se untaba en las sienes, para los dolores de cabeza, viéndose sentados ante aquellos escarpaticos, en derrengadas banquetas de lona, algunos chinos a quienes el farmacéutico y sus ayudantes urgaban en los oídos con unos largos palillos, limpiádoles el cerumen; operación que ellos soportaban con la mayor quietud y más visible complacencia. Como el piso de la calle era de tierra muerta y se barria pocas veces —o nunca— abundaban a todo lo largo de ella el lodo y los lagunatos de agua estancada y mal oliente. Con frecuencia los salvaguardias y las parejas de Orden Público sorprendían y se llevaban presos a los jugadores de «monte», la charada china y otros juegos prohibidos. Un teatro chino que se hallaba entonces—el de Shanghai vino mucho después—en un destartado caserón en la esquina de San Nicolás, acababa de imprimirle al cuadro su propio color y ambiente, con el escándalo de su disonante musicanga. Los trenes de Villanueva, de mercancías y pasajeros, pasaban entonces a todo lo largo por aquella calle, hasta la Estación frente al Campo de Marte, y aunque iban precedidos de un hombre a caballo, para evitar los accidentes, éstos, ocurrían, sin embargo, algunas veces, quedando un «celestial» destrozado bajo las ruedas del convoy, sobre todo si éste tropezaba con alguno entontecido por el opio.

La implantación del Consulado Chino en la Habana levantó en mucho el concepto de aquella colonia, siempre una de las más sobrias, tranquilas y trabajadoras de Cuba. Entonces había un gran número de asiáticos trabajando en los ferrocarriles de rentranqueros, fogoneros, guarda-agujas y pintores. Después se distinguieron como muy inteligentes en los ingenios, donde en algunos se les prefería por su resistencia para el manejo de las centrifugas. Era frecuente encontrar chinos que al hablar no se entendieran unos con otros, por su diferencia de lenguajes, a causa de pertenecer a regiones que, en la inmensidad de su nativo territorio, estaban separadas por cientos de leguas: los chinos más vulgarizados en Cuba eran oriundos de Cantón, Macao, Fu-Chen, Chan-Tung, Kiau-Su y otros puertos de los mares meridional, oriental y Amarillo de la China.

En la revolución del 95, los chinos prestaron en gran número su aporte a la causa de Cuba libre. No pocos de ellos alcanzaron altas graduaciones en la manigua; y algunos fueron hombres de confianza del «Chino Viejo». Reinaba entonces en la Gran China la antigua dinastía Imperial Manchú Ta-Tsing, que venía desde el año 1644, y los chinos de América daban rienda a su anhelo de libertad, sirviendo la causa de Cuba libre.

De uno de aquellos chinos libertadores se contaba al finalizar la guerra del 95 una graciosa anécdota que se hizo popular. Habiéndose encontrado en el monte dicho asiático con varios soldados de una columna española que prestaba servicios por las Villas, éstos le dieron el «Alto quién vive»; y al verlos el chino mal trajeado, y creyendo que se trataba de un grupo de libertadores, respondió en el acto: —¡Cuba libre!, y ya puede imaginarse la tunda de planazos que le dieron haciéndole huir incontinentemente. Un kilómetro delante, vuelta a encontrarse el chino con otro grupo de soldados, a quienes, por lo limpio y cuidadosos de sus trajes, tomó por fuerzas del gobierno; y al «Alto quién vive», respondió, seguro esta vez de no equivocarse: —¡España! Pero aquellos soldados, que eran libertadores, le contestaron con otra buena paliza; y otra vez a huir el pobre chino. Cuando por tercera vez se encontró con otro grupo, al «Alto quién vive» que le dieron, receloso y no queriendo equivocarse de nuevo, contestó en el acto: —No; lise tú plimelo.

En las fiestas del primer 20 de Mayo se distinguió por su seriedad y animación la Colonia China de la Habana, acudiendo al desfile en gran número, a pie y en magníficos coches de lujo, destacándose una orquesta al estilo de su país que iba tocando escogidos números de su exótico repertorio, conducida en uno de aquellos elegantes

coches de la época que se llamaban «jardineras». Hoy la Colonia China de Cuba cuenta cerca de cien mil súditos, sobresaliendo en ella muchas acreditadas y acaudaladas firmas comerciales. En su Consulado, establecido en la calle de Amistad, trabaja un buen número de empleados, todos atentos y obsequiosos; entre ellos, la culta y muy bella señorita de origen chino, Elcira Chen, que ha pertenecido al periodismo habanero, figurando en varias redacciones de importancia.

Seguimos al pie de la letra la relación que nos hace «la vieja postal andante»; y tal nos parece, al oírlo, que nos oímos a nosotros mismos, porque en esa calle del Aguila a que él se refiere, vivimos hasta los doce o catorce años, en la casa marcada entonces con el número 88, propiedad en aquella fecha del conocido y popular médico y catedrático de nuestra Universidad, doctor Caro, al que se le debe un luminoso estudio sobre el embalsamamiento de los cadáveres. Era un casa amplia y grandota, al antiguo estilo criollo, lo mismo que la de al lado, marcada con el número 90, la que citamos porque en ella vivía la señorita Pamela, bella sobrina del ya citado doctor Zúñiga, y porque en su ancho patio, en algunas fiestas, levantaban un pequeño escenario, como era entonces costumbre establecida en muchas casas de familias, y se daban representaciones teatrales en las que solía tomar parte el que fué después nuestro buen compañero en el periodismo, Rafael Bázaga, redactor muy apreciado de «La Lucha», de San Miguel. Quizás él no lo recuerde; pero nosotros, siempre que le vemos, se nos aparece con su negra hopalanda del Conde Don Julián, de «El puñal del godó», de Zorrilla, recitando con su ronca voz cambiante de pollón de diecisiete años

él, a quien deshonró tu incontinencia,  
vendrá de crimen y vergüenza lleno,  
con tu mismo puñal, a hender tu seno!...

Aquellas ramplonas redondillas con que el ermitaño empieza la obra, nos parecían entonces el sumum de la poesía dramática:

—¡Qué noche, válgame el cielo!  
¡Qué tormenta nos amaga!  
¡y esta lumbre se me apaga!...

Como en aquella época nuestras mujeres salían poco a la calle, procuraban encontrar en casa las mayores distracciones posibles, organizando bailes, citos caseros a los que acudían las vecinas amigas; el «asalto», que en animados grupos hacían a las casas de sus amistades, llevando a ellas la más ruidosa y franca alegría; las veladas musicales y literarias; los juegos de prendas, loterías y tresillos, y las representaciones teatrales de aficionados, todo lo que comunicaba a aquellos hogares un dulce y confortable atractivo, y una cohesión íntima y perpetua entre sus miembros...

En otra ocasión, la «vieja postal andante» se nos presenta encarnada en una viejecita muy simpática, que pasea sus nietecitos por el Prado, frente al Palacio del Centro de Dependientes, y que nos dice, sin que nosotros se lo preguntemos:

—Me estoy acordando cuando yo venía ahí en mis dieciseis años; pero no al Centro, que entonces no estaba aún fabricado, sino al Círculo Militar, que se levantaba ahí enfrente, a la derecha de la entrada, y que después los dependientes adosaron a su palacio para darle mayor amplitud. En aquel Círculo se celebraban bailes y fiestas muy suntuosas. Una de ellas, la llamada «Tómbola de la Caridad», cuyo producto se destinaba al socorro de los niños pobres. No crea usted que ahora nada más se les socorre... En aquella fiesta inolvidable había tres bandos presididos por tres divinidades: el rojo, por la señorita Terina Arango... ¡Qué linda! ¡Tenía un boquita roja que parecía una fresa!... El azul, por la señorita Esperanza Navarrete; oiga, llevaba aquí sobre las sienes un cintillo de diamantes que la hacía parecer una reina, y el bando carmelita, que representaba Margarita Pedroso, el ángel de la Caridad hecho mujer e irradiando de sus divinos ojos, de su rostro, de toda su persona, raudales de amor y de bondad. Hablaba así tan dulcesita, que parecía que rezaba, y cuando cantaba, era la misma Madre del Señor arrullando al Niño. No podría ci-

tarle a usted exactamente la fecha ni el preciso en que tuvieron lugar aquellas tómbolas caridad, pero sí que no era en el de las elecciones...

Algunas veces la vieja postal andante nos da su nombre; pero otras se lo guarda, se va, se tira, se sumerge en el anónimo, descolorándose, en fin, en ese fondo borroso de las multitudes, en un recuerdo vago y sutil que palpita fugaz en nuestro sensorio, y en el propio instante se esfuma y se desvanece. Pero otras veces la postal andante es comunicativa, y entabla con el postalista un animado diálogo de recuerdos.

—Cuando llegué a la Habana en 1908, tenía cincuenta años—nos dice don Isaac Cuñado y Heró, amable persona que ha venido del interior de la isla a pasear la Habana, para ver «cosas nuevas», y se ha tropezado con nosotros. —Yo me había hecho una buena idea de la capital de Cuba pero la realidad superó con mucho mi admiración y eso que aquella Habana, en algunos órdenes, decía mucho de la presente. Nada recuerda con tanto agrado un español, residente en Cuba, como los primeros años de su estancia en este hermoso y hospitalario país; sus primeras luchas, sus primeros trabajos, sus primeros éxitos. Se habla, después, de aquellos sanos de espíritu que vinieron a labrarse un porvenir y fomentar una familia es por eso que ciertos recuerdos y reseñas que no tienen ninguna importancia para un extranjero para ellos resultan la más encantadora delicia.

Perdone Ud. amigo postalista, si le traigo a colación algunos detalles nimios, por no carecerlos de pueriles, de mis años mozos. Después de pasar tres meses en Guanajay, en la casa acogedora del que era entonces senador vitalicio de la Reina de España, don Patricio Sánchez, volví a la capital en aquellos días incomparables y de bordados de entusiasmo, con motivo de la llegada al puerto de la corbeta «Nautilus», el primer buque español de guerra que llegaba a Cuba después de la revolución del 95; y el que, tanto por cubanos como por españoles, fué recibido con las más calurosas manifestaciones de regocijo. En Puerto Tierra se levantó un gran arco triunfal, y toda la calle de la Muralla era un dosel de guirnalda de vistosas flores siendo recibidos en todas partes por los cadetes y los jefes del barco español con la más alta y noble pleitesía. En esa misma calle, en el número 78, hoy almacén de quincalla de los señores F. Blanco y Compañía, existía entonces una sastrería y camisería «El Buen Gusto» una de las casas, a la sazón, de las más chic de la Habana, dadas las significadas personas que allí hacían sus trajes, siendo su dueño el asturiano señor Casimiro Rodríguez. Fuimos dependientes en el almacén de quincalla de los señores Solares Carballo, con el joven Federico Campos, que en el DIARIO firma sus trabajos acerca de la guerra con el pseudónimo «El Alférez de Complemento». Al lado de la referida sastrería situada en la casa número 78, estaba la famosa peletería «La Josefina», y en la otra esquina, la farmacia del vizcaíno doctor Julián Larrazábal, que por el frente de Villegas daba al café «El Palo Gordo», un montañés cuyo nombre no recordamos, padre de una preciosa niña de quince años que era el encanto de los alrededores. Este café miraba, por la calle de Muralla, al almacén de tejidos propiedad de don Manuel San Martín, transformadas todas estas esquinas hoy por modernas casas de modas, a excepción de la farmacia de Larrazábal, que aún perdura.

Don Manuel San Martín era tío carnal del doctor Crau San Martín, para quien aquél hubo de darme una tarjeta de recomendación. El señor médico tenía su gabinete de consulta en la plantita de El Cristo, en una casona de tipo colonial con una enorme puerta que aún sigue mirando a la citada plaza. Habiéndome presentado un fuerte ataque de ictericia que me puso a la muerte, aquél, aparentemente humilde médico, accedió de tal manera con mi enfermedad, que a fuerza de ruibarbo, agua de Vichi y otras medicinas quedé curado de ella para siempre, y puedo decir que casi le debo la vida.

En la primera manzana de la calle de la Muralla

# LA HAVANE

## Por la Condesa de Merlin

### Traducción y notas de B. SOUZA

(Continuación)

Por esos días el escritor cubano doctor Roig de Leuscherling reprodujo en la revista «Carteles», la Real Orden de Fernando VII aboliendo la tortura en Cuba, como procedimiento procesal, sin otro tácito comentario que la reproducción del documento en cuestión y, naturalmente, el de aquéllos, que a la fuerza debieron sugerir a la mente de los suscriptores de la citada revista, la simple lectura de aquella Real Orden, por esa patente antítesis, por esa contradicción habida, entre un autócrata, humano, un Rey absoluto, un Fernando VII, confrontado más de cien años después con la tutela ejercida por las autoridades de un estado democrático, de una república, quien revisaba aquella abolición y, en la realidad de los hechos, la implantaba dándole casi sello regular a esos procedimientos, fenecidos, del lejano pasado.

El careo, si así se puede decir entre aquellos personajes españoles de la colonia, y las autoridades republicanas de la República de Cuba, el restablecimiento de aquel eslabón judicial, roto por Fernando VII, todo eso me hizo meditar, inquirir, volver la vista a nuestros treinta años de Nación independiente, y caí en la cuenta que Machado, entonces el Presidente de la República, en nada innovó, popularizando el sistema, que ya existía, y que si, a la verdad, durante su gobierno, se generalizó, y al cual reglamentaron sus cuerpos de policía, ya, desde antes, había tomado cierta carta de naturaleza en nuestras costumbres republicanas y que, sin excusar, pues, a Machado, era preciso enjuiciar, junto con él a Liborio.

Rodeado, pues, de tal ambiente, donde a diario se sabía de hechos atroces, jamás ocurridos cuando la dominación española, a pesar de la guerra salvaje, que durante años se mantenía en Cuba, cuando funcionaba en La Habana una Junta Revolucionaria, que por dos veces fué identificada, sus componentes presos por los sicarios de Weyler, y que sin embargo, a ninguno de ellos se le aplicó la tortura para averiguar sus interesantes secretos ociosos entonces, por mi cesantía en el cargo de Director del Hospital de Emergencias, muy conocedor de que Liborio proclama a gritos una cosa para practicar siempre lo contrario, quise escribir, por distraerme, y escribí un libro de carácter técnico científico, estudiando, desde el punto de vista de la fisiopatología de los dolores, los distintos procedimientos empleados en Atarés y en otros lugares. Recogí datos, presencié exhumaciones, apunté hechos, reuní fotografías y del análisis de los procedimientos vernáculos, muy criollos, compulsados con los que se preconizaban antaño en la legislación de los distintos países, mas que nada, como médico, en cierto grado cual un experto en sensaciones dolorosas, por la competencia que para ha-

por sus pseudónimo de Zerep—Pérez al revés— antiguo e inseparable compañero del talentoso crítico Emilio Bobadilla...

Y el señor Cuñado Herrero terminó la relación de sus andanzas de dependiente en el comercio habanero con estas frases:

—Si resultara—dijo—electo Presidente de la República el doctor Grau San Martín, quizás podría curarle a Cuba la grave «ictericia nacional» que padece, como en aquel entonces, con tanto acierto, me curó la mía.

A lo que repusimos, con el natural desencanto: —Crea usted señor, que en el universo mundo no existe «rubarbo» suficiente para cortar la «bilis» a nuestra desorbitada política criolla.

Y la «vieja postal andante» se alejó, contrayendo los labios con ese gesto expresivo, en el que los guasones del tiempo viejo encuadraban la sentencia latino-macarrónica: Paciencia y engurrúñate.

**D**ESPUES de muchas inútiles repreensiones, Griffith le quitó sus libros y le suspendió su trabajo, dejándolo en completa inacción. No había terminado la semana cuando el rebelde pidió ocupación, suspiró, gimió, pero se fué inflexible con él. Pasaron tres semanas sin que se tuviesen en cuenta sus reiterados ruegos. En fin, al cabo de ese tiempo se le devolvió a su trabajo y desde entonces no ha dado ningún motivo de queja. Contó más tarde que, primero, esperó obtener su gracia por la hipocresía y que después, irritado por no haberlo logrado, decidió no hacer nada, pero que jamás, a bordo (había sido marino) sufriera castigo comparable a la reclusión solitaria sin ocupación alguna.

Es de señalar que en años comunes de cien sentenciados apenas si dos son mujeres, desproporción atribuida, no a la irreprochabilidad del sexo sino a la culpable indulgencia de los jurados. Entre otros ejemplos el de una dama Chapman, quien, habiendo envenenado a su marido, descubierta junto con su amante, fué absuelta y su cómplice ahorcado. En verdad, según las costumbres del país, esta singular deferencia tiene más bien su origen en una especie de lógica equitativa que en el interés que inspire el sexo femenino. La mujer entra tan poco en la dicha del hombre, su existencia es tan limitada, sus afecciones son tan descuidadas que la nulidad a que se le condena le debe servir de testigo de descargo; quien nada tiene no paga sus deudas.

Desde luego, esto que dice la espiritual Condesa no ha desaparecido aún de ciertos establecimientos de los Estados Unidos, en donde a cada rato denuncia la prensa hechos análogos a los que sucedieron en la penitenciaría de Filadelfia hace cien años. Pero en honor a la verdad, cuando ellos son conocidos, se persigue a sus autores. Nada digamos de otras sociedades, de cultura moral muy inferior a la de la república norteamericana, y aún está fresco el relato de los suplicios, la descripción de los artefactos importados por la checa rusa en Barcelona, los muy conocidos de las actuales autoridades soviéticas, etc., etc. Y al cabo de esos cien años transcurridos, preciso es confesar que la humanidad, que el animal hombre, apenas si ha dulcificado sus salvajes impulsos de troglodita, y por tanto, los procedimientos de castigo, los métodos para interrogar a los acusados (por algo a la tortura la llamaron los franceses QUESTION, pregunta), esos no han desaparecido. Casi todos los países, más o menos hipócritamente, la practican, con tanta profusión hoy como antaño y lo más curioso es que de esos países, los que se jactan de reivindicadores sociales, esos son los más enamorados del sistema.

En Cuba, durante aquel reciente período de nuestra historia, allá por el año de 1930 fué cuando se generalizara en nuestro país la aplicación de los más variados tormentos, como inicio de toda actuación judicial, como un capítulo de la instrucción procesal, y digo que se generalizó, porque hasta entonces en Cuba, República, sólo habían hecho esporádicas apariciones estos métodos, ya obsoletos, y aplicados para instruir de cargos, para sumariar a los detenidos, no por crímenes comunes, sino por delitos políticos.

ralla, bajando, se destacaban las firmas de Prieto y Hermanos, Morris Haimen, Jesús Fernández, Blanco y Compañía, «El Carretel», fonda «La Paloma», del connotado gallego señor Constantino Añel, y la casa de los isleños Brito y Hermanos, en la que paraban todos sus paisanos, cosecheros de tabacos de la provincia de Pinar del Río. Era muy concurrido el café «El Arbol de Guernica», propiedad del vizcaíno señor Llamozas, que estaba situado en la esquina de la corta calle de El Cristo, que muchas gentes llamaban «la Calle de los Huevos», por tener allí los señores Canal y otros varios grandes almacenes de blanquillos de gallinas y también comercio de las propias aves.

Al hablar el señor Cuñado Herrero de la calle de El Cristo, recordamos que en ella vivió largos años, hasta su muerte, en compañía de sus dos hermanas y una parienta, el periodista habanero Rafael Pérez Cabello, más generalmente conocido

blar de ellas creo tener por mis cuarenta años de cirujano, de asistencia a heridos y a lesionados, testigo de sus sufrimientos en el Hospital, realmente llegué a la conclusión que, como en otras cosas, podemos gallear aquí, y exhibir, orgullosos, frente a las enchipadas de Artigas, al potro de Torquemada y de Pedro Arbúes, nuestro Cepo de Angel. El libro es un frío, un sereno, un abstracto, un desapasionado examen del asunto, y en donde solo los hechos hablan; yo no hago más que exponerlos. Yo sólo estudio en mi compilación las variadas fases de dolor que en los atormentados produjeran los distintos sistemas usados en Cuba, tan ajeno a la víctima como a los victimarios, observador tan indiferente, como es el fisiólogo ante su curiel de ensayo, como lo es Mirbeau en su «Jardín de los Suplicios» ante el chillido de los chinos martirizados. No hago, pues, más que comparar nuestros métodos, desde el punto de vista de la fisiología nerviosa, con los conocidos de la Estrapada, de la Cuerda, del Caballete, del Borceguí, del Agua, etc., para proclamar «urbi et orbi», que nuestro Cepo de Angel es más atroz, más intensamente productor de dolores y sufrimientos, que todo lo que creara la rica imaginación de los europeos del medioevo.

Al término de mi trabajo inspirado en la sentencia vertida por Máximo Gómez, en carta a Manduley, donde le advertía que: «las leyes no hay que hacerlas; ellas están ya hechas», amonestaba yo a nuestro Congreso de entonces para que legislase sobre la tortura, puesto que ya su práctica era un acontecimiento regular, y puesto que «ya estaba hecha», incorporarla a nuestros códigos, para darle, por lo menos, esa garantía al condenado a sufrirla y, que la ordenara, no un esbirro cualquiera, sino un tribunal competente, que a su aplicación asistiera, para presidirla, un alto magistrado y un escribano, como se prescribía en todas las legislaciones pasadas, acompañando al acusado algún médico, para cordializar sus fuerzas, con estimulantes más eficaces que los empleados antaño, en donde sólo se administraba al desfallecido sujeto, «vino caliente»; hoy se le pueden inyectar sueros tónicos, hasta una pequeña transfusión, para mejor reanimarlo y que así se pueda continuar la instrucción, muchas veces interrumpida por síncope, colapsos, etc. Tribunal que dosificara, según el delito, la cantidad del dolor, la extensión del tormento, y así como los magistrados del pasado ordenaban, para el tormento ordinario, poner cuatro cuñas al borceguí, y, para el extraordinario, ocho, se podría entonces fijar, según los casos, para el ordinario dar cuatro vueltas a la soga del Cepo de Angel, para el extraordinario ocho, etc.

El libro, que como es lógico no publiqué entonces, duerme en un baúl y tal vez nunca se imprimirá, ¿para qué? Liborio, por su dolorosa lectura, seguramente no se enmendará y cada uno de los lectores sacará deducciones para inculpar a Fulano, a Zutano, cuando no es esa mi tesis, cuando la culpa es colectiva, es de todos y cuando sólo por mera curiosidad es que estudio y comparo los métodos tropicales con los europeos de las edades pretéritas.

#### CARTA IX Sumario

Carácter especial de Filadelfia.—Hay más libertad que en New York.—Inmovilidad del Domingo.—Licencia y tiranía.—Lo que es la libertad.—Recuerdos de mi país.—El día de la limosna. Conversación con mi tío.—No trabajar y pasearse.—Los negros.—Primera impresión.—La tos de mi tío.—Revuelta en Madrid.—El sentido de las palabras.—Porvenir de los Estados Unidos.—Peligros y males de su situación presente.—Diversidad de razas, de sectas y de costumbres.—Falta de unidad. Herejías y extrañas sectas.—Los negros encerrados.—Imposibilidad de servirse por medio de criados.—Un día en China.—Pekin en Filadelfia.—Los mandarines.—Azucena de oro.—La belleza china.—El ganso símbolo de la dicha doméstica.—Retorno a Filadelfia.

Al señor Marqués de Pastoret.

13 de Mayo.

Filadelfia no es una ciudad de gente de negocios

(Continúa en la página 23)

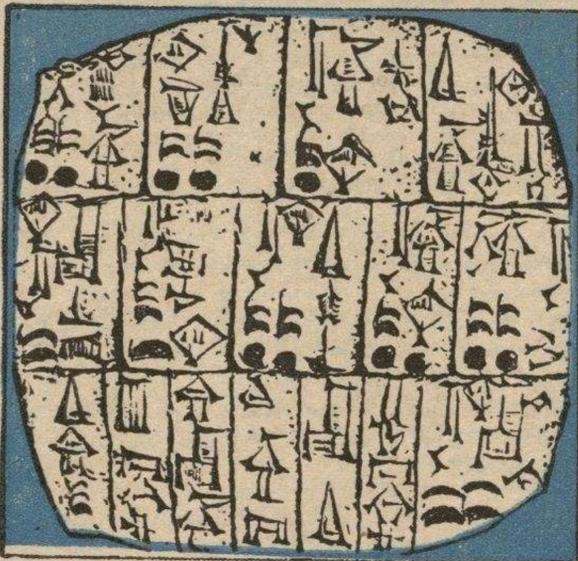


Tabla babilónica de arcilla (año 2000 A. de J. C.) grabada con cincel.

La pluma fuente, el más perfeccionado de los elementos de escritura, es utilizada por millones de hombres. Está en relación, desde luego, con los progresos de la vida moderna, con este siglo de simplificaciones, de comodidades. Pero, antes de llegar al invento de la pluma fuente, la humanidad utilizó muchísimos sistemas. Algunos son curiosidades de museo. Otros todavía desafían el progreso, como jaulones inmutables en la marcha del tiempo.

El hombre siempre sintió la necesidad de transmitir sus pensamientos, de fijar sus ideas, de registrar sus impresiones. Inventó la escritura. En su origen, en los pueblos primitivos, parece ser algo así como cosa accesoria de la arquitectura.

Si bien resulta imposible determinar en qué pueblo o lugar apareció la escritura, es indudable

El cincel se utilizó aún con materiales más blandos que la piedra. Los griegos y los romanos grababan sobre tablitas enceradas con cincelos como el que muestra el grabado.

que el artefacto más antiguo empleado para escribir fué el cincel de pedernal. Huesos, astas, piedras y hasta paredes de cuevas — habitaciones naturales del hombre primitivo — han llegado hasta nosotros con signos jeroglíficos marcados con aquel cincel.

**El «stilus» romano**

El cincel se utilizó aún con materiales más blandos que la piedra. Los chinos primitivos grababan su escritura sobre resina extendida en tablitas de madera; los asirios y babilonios, sobre arcilla; los griegos y los romanos, sobre tablitas enceradas. Pero con cada nueva substancia varió también la composición del cincel.

Del primitivo instrumento de pedernal llegóse al «stilus» romano, artefacto que llevaba un ensanchamiento en su parte superior, a modo de espátula, con la que se podía alisar la cera y aun borrar lo escrito. Fué el precursor de la moderna goma de borrar.

Los babilonios usaron un cincel de madera dura. En los escritos legados por este pueblo puede observarse, en escrituras más o menos extensas, que los signos cambian de finos a gruesos y finos, perdiendo y ganando en claridad alternativamente. Es posible deducir que los escribientes afinaban, de tiempo en tiempo, la punta del cincel. Los babilonios resultan así los precursores de la moderna operación de sacar punta al lápiz.

Las tablitas de cera de los griegos y de los romanos utilizábanse generalmente como borradores que luego se pasaban sobre papiro, materia producida abundantemente por los egipcios. Sobre papiro se escribía con otra clase de instrumento: un estilo especial, de juncos secos y endurecidos, que

llevaba una extremidad ablandada en forma de pincel. Los ptolomeos, dos siglos a. de J. C., prohibieron la exportación del papiro de Egipto. Los otros pueblos debieron buscar un substitutivo. Apareció entonces el pergamino, material que aun sigue en uso. Los homenajes son testigos de su moderna utilización. Para escribir sobre el nuevo material ideóse otro elemento: el «calamus» o caña. El nuevo artefacto, de origen vegetal, tenía una punta partida en el centro, que se afinaba con piedra pómez. Hasta muy entrada la Edad Media, el «calamus» o penna, cañas que procedían sobre todo de Menfis, de las orillas del Nilo y de la isla Knidos, dominó sobre todos los medios de escritura.

**Las plumas de aves**

Parece ser que los romanos introdujeron las plumas de aves para la escritura allá por el siglo VI. San Isidoro de Sevilla, en su obra «Origenii», escribía en el siglo VII que los útiles de escritura sobre papiro y pergamino eran, respectivamente, el «calamus» o caña, que provenía de un arbusto especial, y la penna o pluma de ave. Según dicho autor, las mejores plumas eran las de pelicano.

De cualquier manera, el uso de las plumas de aves no se generalizó hasta el siglo XVI. Sólo en esta época, cuando los holandeses encontraron el procedimiento ideal para desengrasar el cañón de las plumas, lograron éstas ganar los claustros y los conventos arrinconando al «calamus».

Entonces comenzaron a pagar el gasto los gansos, cisnes, grullas, patos, buitres, cuervos y aves-truces. Pero en mayor grado los gansos, porque sus plumas eran más aptas para la escritura corriente. Cada animal daba plumas para determinados usos: las de avestruces y cisnes eran óptimas para escribir sobre pergamino; las de ganso, como queda dicho, para la escritura común; para escritura delicada y para dibujos finos utilizábanse las de cuervo.

QVTOQVIBDSTHIAVCOANAOSITDONAFERENTIS  
SICEAIVSALIDISINGENTEMVIRIBVSASTIAM

CLAMORINDEORIVSUI	XIVTETAJIMORMI
SIGNAPOSERKIUUE	TUMIINTEPAMITO
RENIDUCEKENIQUEAD	IMANDRACIEICOPISU
PERSEQUENDOSHOSIS	TIAMULTITULIMINO

*Handwritten cursive script, likely from a manuscript.*

1. Caracteres capitales del siglo IV (manuscrito de Virgilio).
2. Caracteres unciales del siglo VI (manuscrito de Tito Livio).
3. Caracteres del siglo VII.
4. Letra cursiva romana del siglo VI (documento auténtico de 572, en Ravena).
5. Letra cursiva merovingia del siglo VII.
6. Escritura anglosajona del año 803.
7. Escritura de transición del siglo VIII.
8. Minúsculas del siglo IX.

La preparación de las plumas constituía un verdadero arte. Tratábase de quitarles la grasa y darles, a la vez, dureza y brillo. Lo primero lo grabábase mediante un baño de arena fina o ceniza a 60°, con lo que se destruía la grasa del cañón, sin lo cual la pluma no podría retener la tinta. Después, colocando la pluma sobre la rodilla, cubierta con un trapo de lana, apretábase con un cuchillo el cañón de la pluma al mismo tiempo que se la retiraba lentamente. De esta manera se

## LA HAVANE...

desprendían las membranas exteriores y se conseguía el endurecimiento de la pluma.

Venía después la operación de cortar la pluma. Se lograba mediante los «cortaplumas», pequeño cuchillo, de más en más perfeccionado, que ha llegado hasta nosotros. El instrumento, en lo esencial, llevaba una hoja recta con punta bien afilada. El corte de la pluma, hecho siempre en determinada proporción con el grosor del cañón, según fuese más o menos largo, denominábase a la inglesa o a la española.

Cuando se terminaba un escrito con una de estas plumas de ave se la ponía en agua, porque de lo contrario, al secarse la tinta, se rajaba el cañón, inutilizando la pluma.

Las primeras plumas metálicas las utilizaron los romanos. Eran de cobre y bronce; su uso fué olvidado prontamente. El calígrafo y contador Juan Neudorf, de Nuremberg, en una obrita que publicara en 1544 sobre «el arte y la manera de preparar las plumas» mencionaba también ciertas plumas de hierro y cobre.

En el siglo XVII, el amanuense del ayuntamiento de Aquisgrán, Juan Junssen, fabricó plumas de acero que colocó en cierta cantidad, aunque sin lograr imponerlas sobre las de ave, por su poca flexibilidad y la dureza del material empleado en su fabricación.

Alois Sebefelder, el inventor de la impresión litográfica, fabricó también plumas de acero en 1795, utilizando resortes de relojes que cortaba y montaba sobre un mango especial. Fabricantes ingleses de relojes siguieron prontamente su ejemplo; Josias Mason, de Birmingham, empleó en 1826 las primeras máquinas especiales, dando lugar a la industria de las plumas metálicas. La primera fábrica alemana fundóndola, en 1856, Heintze y Blanchertz. Pero el verdadero propulsor de la naciente industria fué F. Alexander, quien montó en 1870 una gran fábrica en Birmingham, introduciendo en la fabricación de las plumas metálicas el mejor acero de Sheffield. Posteriormente, el método de fabricación de James Perry, de Londres, dió a las plumas metálicas una inmensa difusión, dando el golpe de gracia a las plumas de ave.

Las plumas de ave, no en balde utilizadas durante siglos, fueron objeto de numerosos perfeccionamientos. Llegóse, incluso, a intentar procedimientos para aumentar la capacidad de retención de la tinta. Uno de éstos — precursor de la moderna pluma fuente — consistía en un pequeño tubo cerrado, de metal o cuerno, a cuyo extremo se pegaba una pluma de ganso que recibía la tinta por un pequeño orificio. La pluma funcionaba cuando se abría la tapa superior del tubo.

Más o menos por 1823, el taquígrafo español Francisco de Paula Martí ideó una pluma que denominó taquígráfrica, con la que se podía escribir hasta 10 horas seguidas. Constaba, en esencia, de un tubo metálico en el que se colocaba la tinta. Uno de los extremos del tubo se cerraba herméticamente con una virola; el otro llevaba, ajustado a rosca, un casquillo en el que se guardaba la pluma cuando no se la utilizaba. El procedimiento

como New York. Las familias, que pueden vivir de una renta o que han renunciado oportunamente a las especulaciones, las que dividen su existencia entre el estudio y los placeres, prefieren este lugar donde están menos vigiladas por el incómodo control de las clases populares, control cuya intolerancia se extiende a los más nimios detalles. Así, un tronco de bellos caballos, criados con librea, una flor en el ojal de un joven, barba en el mentón y bigotes, irritan al pueblo y nadie se atrevería a afrontar su disgusto. El pretexto para esta intolerancia es el odio al lujo, que los espanta, como el precursor de una aristocracia; pero su verdadera razón lo es la envidia. (a)

Antes de ayer, domingo, sin medios para ver nada, para hacer nada, ni siquiera se me ha permitido tocar el piano en el fondo de mi apartamento. Apenas preludivé algunos compases, el maitre de hotel vino a prevenirme que eso estaba prohibido, bajo pena de multa, y que nadie podía hacer música en su casa el domingo.

La policía tiene el derecho de visitar los hoteles amueblados, los albergues y lugares públicos, para detener a todo aquel que se divierta, así como al primer transeunte que se ponga a silbar o reír en la calle. Es absurda esta intolerancia en un país en donde la libertad de cultos llega hasta la licencia, y donde, entre mil sectas diversas, existen algunas para las cuales el Domingo es precisamente un día de placer. ¿Comprendéis semejante mezcla de licencia y de tiranía? ¿Se encontrará un solo gobierno absoluto, en Europa, bajo el cual sea el individuo tan completamente esclavo del poder? Y podríais explicarme cuál es el verdadero sentido de esta sublime palabra, de esta grande y bella cosa que es la más excelsa parte de la herencia del hombre: **La Libertad?**

Cuando mi primera infancia, hirió mis oídos esta palabra como un sonoro clarín, cuya poderosa

(a) **Sutil observación.—En el fondo de todas las reivindicaciones no existe otra cosa.**

de llenar de tinta el artefacto resultaba en extremo largo y engorroso.

Mackinon, posteriormente, y luego E. L. Watermann, maestro y agente de seguros, respectivamente, de Norteamérica, idearon la moderna pluma fuente. Tras muchos ensayos, este último llegó a utilizar la gutapercha y la pluma de oro de 14 quilates con punta de platino o de iridio.

Patentado el invento en 1884, fabricáronse ese año 300 plumas fuentes de gutapercha y pluma de oro. Cuatro años después vendíanse 9.000 y en 1900 las ventas alcanzaron a 272.000. En 1912 logróse pasar del millón de ejemplares de plumas fuentes vendidos en todo el mundo. Hoy resultaría verdaderamente difícil hacer un cálculo, siquiera aproximado, de los millones de plumas fuentes que se venden anualmente. Porque se fabrican en todos los países industriales y aun en los que están en vías de serlo, a tal punto que, desde Norteamérica, la pluma fuente ha rodeado triunfalmente al orbe entero.

nobleza a su padre. La Academia de Ciencias los nombró miembros supernumerarios, y su nombre corrió por Francia y el continente europeo, entre hosanas magníficas, con la velocidad del relámpago.

Poco tiempo más tarde, en Lyon, se llevó a efecto una tercera experiencia coronada con el mejor de los triunfos. Por suscripción popular se construyó un globo de 126 pies de altura y 160 de diámetro. Por vez primera tres hombres se arriesgaron en la empresa. Uno de ellos era José Miguel Montgolfier. Regresaron a la tierra sin ningún grave accidente.

Siguieron trabajando para perfeccionar su invento y resolver el obstáculo que habría de convertirlo en algo más que una muy interesante experiencia de laboratorio: la dirección de los aerostatos. Pero no pudieron lograrlo.

Durante la Revolución Francesa poco faltó para que perdiesen la vida en los momentos del Terror.

Jacobo Esteban murió en 1799. Su hermano me-

armonía me encantó. Pregunté su sentido y mi nodriza, una muy bella negra, me dijo:

«Eso quiere decir: no trabajar y pasear». (1).

Deduje que esto no podía ser más agradable, cuando empezaba a aprender el alfabeto, lo que me aburría mucho. Para distraerme, mi anciano tío me contaba terribles historias en las cuales esta palabra libertad, aparecía siempre revuelta con prisiones, asesinatos y matanzas, haciéndome prorrumpir en sollozos. Un día, era un sábado, día de la limosna, se había puesto el sol y el crepúsculo, tan rápido entre nosotros, se extinguía ya cuando, desde el balcón donde tomaba el fresco, frente al mar, percibí a un infeliz hombre, todo estropeado, el cual venía con frecuencia a buscar su limosna en casa de mi tío. Mi tío había salido y aquel pobre aparecía más miserable que de costumbre. Apoyado sobre la esquina lo veía doblarse. Intensa piedad me habló al corazón y de un salto me encontré en la puerta de la calle.

Después de haberlo invitado a sentarse sobre los peldaños de la escalera, le hice llevar algún alimento y colocándome a su lado miraba con admiración cómo devoraba este alimento, del cual sin duda experimentaba gran necesidad. El desgraciado tenía un brazo de menos, y su cuerpo, dislocado, no se podía mover sino con el auxilio de dos mulletas. Se percibían en sus cicatrices sobre su pálido rostro, marchito por el sufrimiento, orlado por una larga cabellera gris, la que añadía aún nobleza a su fisonomía y su mirada, siempre velada por la vergüenza y por la tristeza; todos sus movimientos, todas sus palabras, llevaban la huella de una melancolía, profunda y resignada.

Al otro día, mientras me divertía en jugar en una esquina del cuarto de mi tío, le oí dirigir estas palabras a su hijo mayor:

—«En fin, me veo dichoso porque he podido reunir número capaz de suscriptores que aseguren una pensión al infeliz D... Desde ahora, podrá él llenar sus más perentorias necesidades, después de haber poseído diez y ocho millones!».

Estas últimas palabras, expresadas con tal emoción que embellecía el rostro de mi tío, atraje- ron mi atención.

—«¿Qué se hicieron sus millones, tío?», le dije

—«Los perdió».

—«¿Cómo?».

Acostumbrada a los cuentos de mi tío, mi infantil curiosidad muchas veces ponía a prueba su paciencia.

«D... me dijo, era un rico colono de Santo Domingo. La Nación francesa, que tenía esclavos en sus colonias, se alzó un día para conquistar su libertad. Lo supieron los esclavos y a su vez se levantaron para volverse libres, y como los blancos, sus dueños, eran los más débiles, los mataron. Así fué, pues, que D... vió perecer bajo sus ojos a sus hijos y a su mujer y él mismo no se salvó sino después de haber sido casi matado a palos, cubierto de heridas y aprisionado durante ocho meses».

(1) En español, en el texto.

(CONTINUARA)

## LA CONQUISTA...

lagro. Tan interesante resultaba el hecho, que la Academia de Ciencias tomó cartas en el asunto. Invitó a los hermanos Montgolfier a repetir la expedición ante los sabios ojos de sus desconfiados miembros.

Un mal tiempo infernal, muy típico en París, impidió realizar el ensayo en el día señalado. Pero en el mes de septiembre se efectuó con todo éxito en Versalles, ante los conspicuos hombres de ciencia y la Corte del último Borbón. Cuenta la crónica anecdótica que Luis XVI abría desmesuradamente la boca mientras se elevaba el aerostato. En esta experiencia el globo subió llevando algunos animales en su frágil barquilla.

La realidad era demasiado innegable para que la Academia de Ciencias le pusiera abiertamente la proa.

Desde entonces se comenzó a honrar a los hermanos Montgolfier. Fueron condecorados. El Rey regaló mil libras a uno de ellos y dió carta de

reció muchas distinciones bajo el régimen de Napoleón. Recibió la Legión de Honor, fué nombrado Administrador del Conservatorio de Artes y Oficios y admitido más tarde fué miembro del Instituto de Francia.

José Miguel fué el más científico de los dos hermanos. Además de su famoso invento de los aerostatos de aire caliente, perfeccionó la fabricación de los papeles pintados, inventó una máquina para enrarecer el aire e inventó también el ariete hidráulico, así como un calorímetro para determinar la calidad de las turbas del Delfinado.

Fué, al igual que su hermano, un gran hombre de ciencias. Murió a los setenta años de un ataque de apoplejía que lo dejó paralítico y mudo.

Ciento cincuenta años han bastado para que el sueño de los hermanos Montgolfier, que desde niños quisieron copiar las nubes, la humanidad lo haya realizado con una plenitud tan extraordinaria que reduce las dimensiones del mundo a las de un pañuelito de señora...

Febrero, 1940.

# LA VUELTA AL

# MUNDO del BUEN HUMOR



—¿Va usted a bañarse después de la comida?  
—Sí. Eso no importa: sólo he comido pescado.  
(«Miroir du Monde», París)



**IRONIA**  
—Hay casos curiosos en las familias. En la nuestra somos tres hermanos, uno completamente idiota.  
—¡Ah! ¿Y qué es de los otros?  
(«Monde», París)



**CUENTO DE GUERRA**  
—Yo estaba de centinela en la avanzada. De pronto llega una patrulla alemana. ¡Pan, pun, pan!: acabo con cinco.  
—¿Y después?  
—¿Después? No sé nada más: en ese momento me desperté.



**CATEGORICO**  
**DIRECTOR.** — Para este puesto se necesita un hombre paciente y perseverante. ¿Tiene usted ambas cosas?  
**SOLICITANTE.** —Tengo esposa, nueve hijos, suegra y un encendedor automático.



**PARA CASO DE APURO**  
—Dígame, señor, ¿en qué año tuvo lugar la guerra del Peloponeso?  
—En el 431 antes de Cristo.  
—Mil gracias. Se lo preguntaba porque ese es el número del teléfono de mi médico, y yo no lo recordaba, y tengo que llamarlo con urgencia para mi señora que está enferma.



**UNA PRUEBA**  
—¡Pere Celestina! ¿Se va a casar con un bombero?  
—¿Está segura de que la ama?  
—Ah, señora: no hay duda. ¡Me ha dicho que es capaz de echarse al fuego por mí!